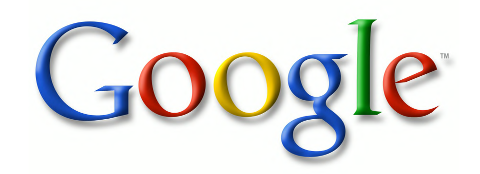
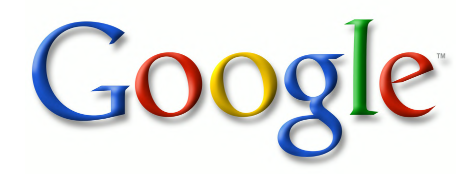
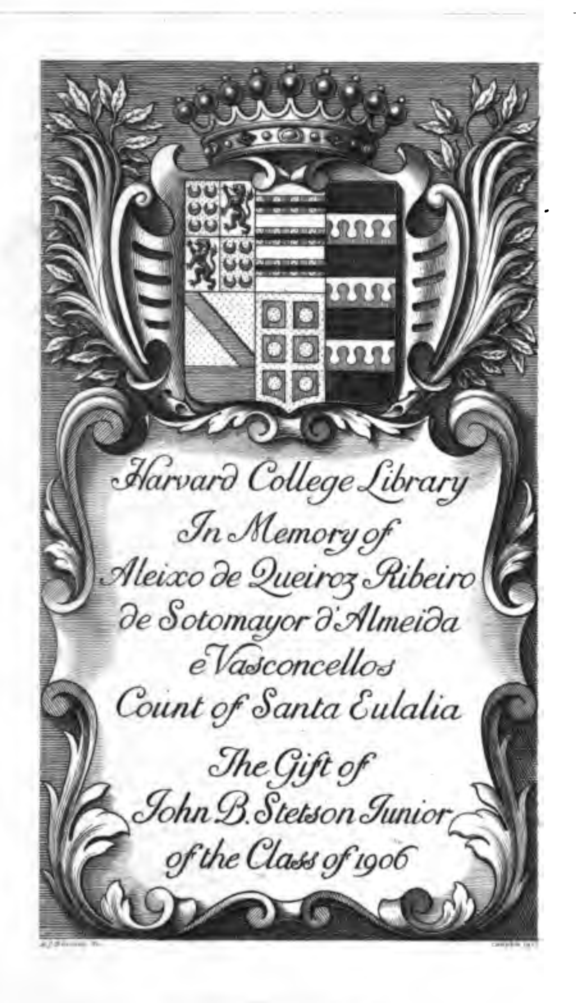





Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

C. M. BLANCO

SALVAJE

NOVELA ARGENTINA



BARCELONA Y BUENOS AIRES

CASA EDITORA FRANCO-ESPAÑOLA

1891

SALVAJE

C. M. BLANCO

SALVAJE

NOVELA ARGENTINA



BUENOS AIRES
Y BARCELONA

CASA EDITORA FRANCO-ESPAÑOLA

1891



PRÓLOGO

La historia desconocida y misteriosa de esas inmensas playas sin límites, pátria y hogar de los habitantes del Sud, tan notables por la grandeza de alma y la elevación de sentimientos, como por la perfidia de sus intenciones en ciertos momentos cuando ven atacada su integridad nacional ó herida la religión incomprensible de sus mayores, ha recibido un golpe maestro en esta obrita que ha desentrañado muchísimos misterios y explicado con estilo elegante y atrayente numerosas de sus costumbres indómitas.

Hasta hoy los opúsculos y otras publicaciones sobre este particular, carecen

en cierto modo de interés por la descripción fría y árida que de la vida de los salvajes se ha hecho. Para ser interesante y participar entusiasmo á los lectores, es necesario que el que escribe haya participado, haya pasado, sentido, sido actor en las escenas, violentas ó conmovedoras que describe; de lo contrario la más brillante imaginación, la pluma mejor manejada, jamás consigue imprimir ese sello de vida que da pasión y movimiento aún á los cuadros más estériles. Por otro lado, es indispensable la grandeza y pureza de sentimientos para poder apreciar en real y verdadero valor las escenas que se estudian: es necesario que el autor llore ó participe de la alegría, que domine su alma y sus expansiones, que adapte su corazón á las diversas circunstancias; así se consigue mantener siempre ardiente el fuego del entusiasmo de los que leen hasta llevarlos á derramar lágrimas é imprimir inflexiones variables al espíritu.

Esto es justamente lo que ha realizado el malogrado C. M. Blanco, cuya

vida fué tronchada por la parca impía en la flor de la edad. Tres de los más espléndidos años de su vida, los pasó al lado de una expedición, corriendo con ella toda clase de suertes y peligros; ha seguido con sus propios ojos los caprichos de la naturaleza, ha sentido con toda la juventud de su alma y la virilidad de su corazón la imponencia del desierto. Esas noches más frias y oscuras, más silenciosas y tenebrosas que las de un otro mundo posible, las ha sentido en cuerpo y soportado con la fuerza de los 20 años; su imaginación brillante ha seguido de ellas é impreso en su incomparable memoria todo lo que tienen de frías y oscuras, de silenciosas y tenebrosas. Y nada más cierto y aplicable aquí que solo aquel que ha experimentado en cuerpo y alma esas grandes emociones, puede expresarlas, pintarlas con verdad, dando á los más estériles detalles el color que le conviene; por eso el joven Blanco ha sabido unir á la bondad de la trama, á lo cierto de la historia, un manantial puro y fresquísimo de poesía. He

ahí otro mérito más de *Salvaje:* la galanura y fluidez de estilo.

¿Quién no ha oído hablar de los horrores de los salvajes del Sud? ¿Quién no ha oído referir sus terribles aventuras y su crueldad? ¿Quién, en fin, no ha oído de los oficiales y soldados expedicionarios algunos cuentos exagerados, que pintan á esa raza como imposible de vivir en la misma tierra que las gentes, porque le falta en absoluto la noción de humanidad? C. M. Blanco desautoriza por completo estas creencias y pinta esa raza tal como es: susceptible de abrazar la civilización con fervor; y en esto se cumple precisamente un precepto filosófico: el hombre es susceptible de mejorar, es esencialmente progresista, cualidad que le distingue de los demás séres de la creación. Lleva el convencimiento á lo más profundo del alma, que es inexacto lo que se dice respecto á la ausencia completa de noción de humanidad; y prueba además, con gran dolor para nosotros, que han sido muchas veces los ene-

migos de ella los que han demostrado la más execrable crueldad.

Teofania y Pocalec son los dos nombres que llenan el papel de protagonistas. La primera, de origen civilizado, cae en poder de los indios y aunque con trabajo se somete á la nueva vida: con ella describe numerosas costumbres y describe preciosos cuadros de la naturaleza virgen; el segundo, que representa el proceso contrario, prueba que la civilización puede llegar más fácilmente al más alejado de ella por medio de la convicción, de la persuasión, de la mansedumbre, que por medio de las armas y de los horrores. Y lleva aún el convencimiento más allá: un indígena puede llegar á valer más que uno de origen blanco, exclusivamente blanco y civilizado. En Pocalec, que al llegar á tierra civilizada le bautizan con el nombre de Arturo Guerra, se cumple al pié de la letra la máxima: no es hombre el que nace sinó el que se hace.

Finaliza la obrita demostrando con un hecho práctico las opiniones sentadas más atrás y los errores de la



vida de los grandes pueblos. Los salvajes, dice, conservan más pura el alma: son más sinceros.

Buenos Aires 1891.

V. Gimenez.

I.

El pequeño vapor *León* había partido de un puerto del norte de Chile llevando á su bordo, apenas una docena de pasajeros. Era un barquichuelo que subía y bajaba cediendo al impulso de las olas, sin distanciarse de la costa, único y fijo derrotero del inexperto capitán que lo guiaba. Acostada de espaldas muellemente sobre el entrepiso, entre cobijas, pellones y maletas vacías, viajaba una sencilla mujer; que miraba sin cesar la punta del mástil dibujar sus leves ondulaciones, como una aguja negra avanzando mecida por impalpable movimiento. De rato en

rato la voz ronca del piloto marcaba las desviaciones de la brújula, y una que otra vez interrumpía su ordinario aviso, anunciando el paso por un punto conocido. Aquellos nombres de los pueblecillos ó carpas eran familiares al parecer á los oidos de la viajera; las islas cubiertas de bosques en las que pacían grandes rebaños de vacas en crecidas y verdes yerbas, no le eran desconocidas. Prestaba la misma indiferencia á esos lugares desconocidos como el piloto, que había visto y revisto esos sitios hasta el fastidio.

En aquella habitación flotante reinaba el silencio y la tristeza; todos eran reservados, poco comunicativos, y solo se dirigían acaso miradas tiernas como si se compadecieran unos á otros.

Todos temían de esa cáscara de nuez: la necesidad les había hecho embarcar en ella.

Ninguno retiraba la mirada de la costa salvadora; si las olas relamiendo las rocas retrocedían arrastrando el barquito hácia alta mar, los pasageros ensanchaban su pecho dejando escapar

un suspiro de desesperación. El capitán se moría de miedo; temblaba cuando se creía solo, y se mordía el labio oprimiéndose el pecho, al menor indicio de una catástrofe. Ya se habían abrazado más de una vez creyendo inevitable el desastre; todos elevaban su plegaria, con las manos levantadas, de rodillas, y otros más tímidos caían desfallecidos en actitud de contemplación. El cielo era la únića salvación; pero quién con espíritu sereno había de pensar en el celeste auxilio? El agua y la tierra eran los dos enemigos terribles: ó morirían ahogados ó en las manos ensangrentadas de los indios. Sin embargo llegar á la tierra firme deseaban todos, con la esperanza de esconderse en un bosque ó en una cueva, para vivir salvajes, alimentandose de caza, pesca, y arribar con permiso de la fortuna, á algun pueblito que ofreciese vida segura. Todo eran conjeturas, fantasías, que se imponían á la delirante imaginación.— El día cruel no podía demorarse. Aquellas aguas vírgenes del inmenso océano, reclamaban su tributo del barqui-

chuelo audaz, que había desafiado las iras de sus olas y la soledad de su cielo.

Amaneció un esplendoroso día batido por una brisa fresca y leve. Las nubes, eternas viajeras del inmenso mar etéreo, se arremolinaban en vertiginoso movimiento marchándose juntas á amontanarse en punto lejano del horizonte, hácia el sud; allí se apiñaban, se ennegrecían y parecían convidarse á vacíar la líquida carga sobre una tierra que se moría de sed. Los bronceados habitantes del continente clamaban por agua, moríanse de calor en esa playa desierta, caliente hasta las altas horas de la noche; las lagunas del interior se habían secado y pedían para ellas el líquido que abundaba en la mar. La necesidad les obligaba á permanecer á la par de las cigüeñas en la costa que con una pata bajo del ala y el pico escondido en el plumaje del buche, parecían meditar como los íbis del Nilo, los jueces serios y desapasionados de las contiendas de la tierra entre los egipcios.—Entre tanto los marineros del *León* veían aquel punto os-

curo como signo de fatal augurio: maniobraban con timidez y desataban y uncían cuerdas temblando y sin retirar la vista de las iras del cielo que ya se hacían sentir. Ligeros truenos y furtivos relámpagos alteraban la misteriosa soledad de Hapí-Ahú, el padre de las aguas; la brisa aumentaba y el *León* jadeante con su melena descolgada era juguete de las olas que hacían espuma espesa. La tripulación agitada hacía esfuerzos para encallar buscando una esperanza; el vaporcito cedía á pasos lentos distando ya solamente dos cuadras. Una ráfaga poderosa lo levantó sin trabajo y lo sepultó sobre una afilada roca que abrió un rumbo. Cinco minutos bastaron para desaparecer: solo el palo mayor asomaba su punta como para marcar con una cruz, la tumba de infelices náufragos.

Los indios de la costa eran el marco apropiado del horrible cuadro: la muerte en una y otra parte. Hubiera valido más la corta agonía del náufrago, la tumba entre las olas embravecidas, que el eterno martirio entre manos

extrañas y la tumba en una cueva de la tierra! Pero el mundo es así: el hombre quiere la vida aún á costa de inmensos sacrificios. El enfermo aniquilado, sin movimiento en el lecho del dolor, y el presidiario macilento y pálido, en la oscuridad de su cárcel, prefiéren mil veces la vída! ¡Vanidad! Siempre se concibe una esperanza!—Los indios salvajes habían saludado la pérdida del buque con un alarído estrepitoso de alegría; miraban sus vestigios con ojos salientes de bravura y se complacían horriblemente, saltando y bailando, cuando un nuevo cadáver deshaciéndose del camarote ó de cubierta sobrenadaba en la superficie. Algunos desafiando la tempestad habían penetrado algunas varas nadando ó con el agua hasta el cuello, á recojer los primeros bultos que se aproximaban á la costa. Una guitarra había llegado sin deterioro de ninguna especie. El cacique miraba el instrumento sin atinar su objeto; estiraba las destrozadas cuerdas y un poco secas ya, había arrancado de la prima un sonido tan suave y tan dulce que le hizo

enternecer. Aquella vigüela gemía y cada vez que los gruesos dedos del patagón la hacían vibrar, un nuevo sollozo de ella se desprendía conmoviendo esa alma endurecida que sentía herirse una fibra de su corazón. Guardóla con solícito cuidado, para seguir mirando el espectáculo de la muerte.

Diez minutos habían transcurrido de la desaparición del «Leon» cuando los indios en incomprensible algarabía, metiéndose todos al agua, señalaban tres bultos que se acercaban hácia ellos. Con los pelos crispados y en actitud aterradora, los músculos tirantes y los ojos fuera de las órbitas, sumergíanse con denuedo para encontrar á los pobres náufragos que les animaba todavía un leve soplo de vida. Uno á uno empezaban á llegar: dos tripulantes, cada uno conduciendo un chiquilin, y la pobre viajera, la indiferente, que la habeis visto recostada á bordo jugando con sus hijos entre pellones y maletas vacías.

Al ver los indios en actitud amenazadora que se habían apoderado de sus tiernos vástagos, cayó desfallecida y á no ser el salva-vidas se hubiera

sumergido para siempre. La recogieron desmayada y sin sentido llegó á tierra. Un esfuerzo la volvió en sí, apretó fuertemente entre sus brazos á su Raúl y su Benjamin, y se sintió morir con ellos. Los pobres tripulantes muertos de cansados, luchaban por escapar de las garras de esa horda, más feroz y más cruel que las olas del espumoso Pacífico que habian rechazado como tumba. Los náufragos se reunieron y los indios estupefactos los miraban; se abrazaban, se deshacían en sollozos, imploraban auxilio y al verse solos, rodeados de una turba que quería sangre, se recogieron en silencio, enjugándose las lágrimas. Meditaban sin duda el plan; por su parte los salvajes no deseaban prolongar esa escena conmovedora, que les hacía temblar tambien. ¿Pero que hacer ellos cinco, solo dos aptos para combate, y sin armas, contra cientos armados de flechas y lanzas? La resolución no se hizo esperar; una señal del cacique hizo lanzar un grito de guerra y el grupo fué deshecho en un instante.

Los dos hombres fueron conducidos

por los más robustos, los nenes cayeron en poder de madres salvajes, y Teofania desfallecida quedó de rodillas, con sus ojos entreabiertos y hundidos, y con sus manos levantadas en posición de súplica. La horda había desaparecido y se hubiera creido que á Teofania la perdonaban. Pero el cacique Ramstag permanecía á la distancia, oculto por el tronco de un arbol, observándola, boquiabierto, conteniendo la respiración, y relamiéndose al contemplar la hermosura. Ella creyéndose sola, incorporóse, y lanzó al aire un profundo suspiro que no encontró eco en la inmensa soledad. ¿Qué sería de sus hijos? ¿Qué sería de ella en poder de esos bárbaros que no respetarían su pudor, ni su vida? Estas ideas la atormentaban; su imaginación delirante, forjaba horribles cuadros: se veía deshonrada y sus hijos despedazados y comidos en su presencia. Gruesas lágrimas surcaron sus pálidas mejillas, su pecho palpitante estaba humedecido por un sudor frio; y una terrible emoción la sacudió al sentir un ruido cercano, que la hizo caer y mirar azorada

en toda dirección. Apoyó su espalda en una piedra y clavó la mirada en el suelo, como pidiendo á la tierra una tumba que no había encontrado en el mar! Así en esa posición, con sus vestidos rotos, mostrando en casta desnudez su pecho, sus hombros y sus brazos, sintió un nuevo ruido que la hizo salir de su éxtasis; levantó vacilante sus ojos y se encontró en presencia de un inmenso hombre, que se acercaba hácia ella con paso lento y firme. Sobrecogida de terror quiso ocultar su morbidez cubriéndose con las manos y sus harapos; miró nuevamente hácia al suelo conteniendo la respiración. Recordó de sus hijos y sus entrañas doloridas le dieron fuerzas para medirse con aquel hombre inmenso á quien empezó á mirar fijamente, pero sin atreverse á hablar. El patagón permanecía inmovil, como una estatua de bronce al frente de otra estatua de pulido y blanco mármol. El amor de madre, la retempló, la dió fuerzas, empezó á murmurar suavemente en frases entrecortadas, sin atreverse á levantar la voz, por temor

de irritar al gigante, que daría muerte á sus hijos y á ella. Pero cuando le vió sacar su cubierta de la cabeza, especie de sombrero de piel y paja, y doblar la rodilla, mirándola con una cara de admiración y de respeto, comprendió que había dominado al hombre, despertando sentimiento de amor, y apagando sus instintos sanguinarios. Le hizo levantar ofreciéndole su mano, le hizo sentar en la misma piedra que ella, y después de breve pausa, empezó á hablar en un idioma que desconocía Ramstag, como ella desconocía el de él.

—¿Osais deshonrarme? Prefiero verme mil veces muerta. Tu amor será puro, mas noble talvez que el de un civilizado, pero jamás me adaptaré á tus costumbres. No puedo ser tu mujer, ni tu mi esposo. Decidme: ¿qué habeis hecho de mis hijos? y de esos hombres buenos que los han salvado? has dado orden que los maten? Cruel! estoy segura que vamos á perecer todos en manos de tus súbditos. No teneis derecho para quitarnos la vida. Dejanos que vivamos en tus dominios;

despues de tanto horror la Providencia Misericordiosa nos ha de salvar. Por lo menos, déjanos morir de hambre; quiero mis hijos para morir con ellos. ¡No seas cruel!

El patagón permanecía estúpido al oir un idioma estraño de boca de tan preciosa mujer; pero llegó á comprender por la mímica, que reclamaba vida, para ella, sus hijos y sus amigos. Respondió en su lengua gangosa y gutural, haciéndose entender con señas: prometía la vida. Señaló un árbol inmenso detrás del cual se distinguía débilmente una silueta de casa ó choza pajiza y de cueros, y la invitó á seguirle. Pusiéronse en marcha, á donde llegaron después de media hora ó menos; la habitación que se destacaba entre los verdes campos, estaba cubierta de indios que al ver á Teofania abandonaron sus faenas para mirarla de piés á cabeza.—¿Dónde están mis hijos? exclamó. Un profundo silencio la respondió. Sus señas hicieron entenderla y los circunstantes rompieron en estrepitosa carcajada. Teofania lloraba sin consuelo; el ca-

cique conmovido le señaló una ligera elevación, coronada de frondosos árboles y allí la llevó cogida de una mano. Teofania apenas podía echar un pié trás otro.



II.

La tarde era tan apacible y dulce como había sido la mañana triste y tempestuosa. La tarde presenciaba esa escena de amor tan grandiosa y sublime, en que se besan el cielo, el agua, la tierra, por medio del sol: la mañana había contemplado el horroroso cuadro que habeis leído. Por la mañana sucumbieron infelices náufragos; á la tarde le cupo la suerte de acariciarlos con el crepúsculo y la brisa leve á los que sobrevivieron. La pradera y las ligeras elevaciones del terreno en forma de colinas, nadaban en una atmósfera diáfana de tinte

violaceo que las agrandaba ó achicaba, no podiéndose decir con verdad si era aire ó un inmenso tul azulado, al través del cual se veía trasparentarse el cálido cielo de la zona. El azul estaba tachonado de nubes purpúreas en el zenit; hácia al ocaso se ofrecían mas rojas, color de grana, reflejando directamente la última luz del viajero del día. El viento fuerte y récio de la mañana había cesado por completo. La colina de Teofania estaba muy cercana del mar, á consecuencia de una entrada que hacía éste en forma de golfo; desde su retiro sentía el siniestro murmullo, y para observarle, bastábale reclinarse ligeramente y entreabrir un surco á través de las hojas del coposo árbol que le servía de abrigo. Las ondas no arrojaban más que una pequeña franja de espuma al pié de las rocas, de donde colgaban las hojas llorosas de los arbustos. Ligeras humaredas de los toldos dispersos, subían aquí y allí, indicando la hora de comer.

Teofania había encontrado en ese tenebroso retiro á sus tiernos vásta-

gos, que los había llorado como perdidos. El cacique había ordenado que la dejasen sola y no turbaran su paz. Cuando alguna idea siniestra cruzaba por su mente, oprimia á sus hijos como dándoles la bendición y tierna despedida. Estaba recostaba sobre un montón de pajas tendidas en forma de lecho, abrazando á sus hijos, con el corazón palpitante, muda la boca y con los ojos en los ojos de sus hijos. Sentía una opresión extraña que le partía el alma; la noche, el aire, los collados, las aguas, las ramas, el silencio, la soledad, constituian un elemento extraño que la hacían morir. En fin, fatigada, desfallecida, sus ojos se cerraron para entrar en un sueño agitado. ¿Dormia? Aquel cerebro agitado no podía entrar en reposo; pero el cansancio del cuerpo lo dominó. Había pues una aparente tranquilidad reparadora: el mundo de las ideas en sus múltiples circonvoluciones funcionaba activamente. Teofania soñaba. Dejó escapar, dándose vuelta en su lecho de febriciente—una respiración más fuerte y un profundo suspiro,

como si se escapara de ese pecho un peso inmenso y como si en un hálito se hubiese evaporado la aspiración de una larga vida; parecía en fin, el postrimer suspiro de un moribundo.

—¿Sufris?—sintió ella una voz que le decía.

—Sí; pero más que un sufrimiento, un pensamiento me tortura.

—¿Podré conocerlo? No temais... yo os ayudaré.

—¡Qué! Mis hijos... ¡ellos!... Pensaba que si Dios, en este instante hiriese de inmovilidad á los salvajes, si el sol naciese más tarde, las sombras de la noche se hiciesen más oscuras, el mar, menos bravío acortase la distancia, pasase un buque salvador, había de escaparme con mis hijos... con la vida de ellos... con la mía... y con mi honor! Pobre de mí en poder de estos bárbaros! Dios mío!

—Calmaos. Si tu honor es herido será en santo matrimonio. Tus dos hijos me dicen que habeis pecado y yo á pesar de esto, siento por vos inmenso amor, que te hará feliz. No temais: escaparte te será imposible y podrías

ser deshecha por los indios. Serás la reina de estas regiones, tu voluntad, tus caprichos, serán satisfechos. Te sentarás en un trono en la inmensa colina y desde allí dominarás como gran soberana, contemplarás el sol en su nacimiento y le seguirás en su carrerá y le sorprenderás en su lecho: la luna besará tu esbeltez y contarás las estrellas del firmamento: sonidos armoniosos de lira y laúd acariciarán tus oídos; perfumes embriagadores te harán llegar el éxtasis, y de soberana que serás en la tierra, lo serás en los cielos. El mar que te ha arrojado á estas playas, ofreciéndote la muerte, será tu súbdito; le surcarás por embravecido que esté en fuertes carabelas de cincuenta remeros. Todo esto es tuyo!

—La promesa es lisonjera, pero, ¿cómo he de acostumbrarme á tener estos vasallos de hábitos indómitos? ¿Cómo he de contraer vínculos de familía á esta edad? Mis hijos son tiernos y en su inocencia. podrán sobrellevar la desgracia sin amargura y podrán formar vínculos nuevos sin romper los

que hoy tienen, ¿y yo? prefiero vivir en el hogar umbrío, bordando sin descanso, velando la noche para ganar el pan de cada día sin mancha.

En aquel instante se recordó sorprendida y refregándose los ojos creía tener junto á sí á algun hombre, á ese hombre que la había hablado. Pero era en vano: Teofania soñaba. Quería convencerse abriendo tamaños sus inmensos ojos y escudriñaba en todo sentido; suspendía la respiración para percibir el más ligero ruído que la encaminara.—¿Quién es ese hombre?—se decia.—¿Es un sér humano como yo ó es un ensueño que ha cruzado veloz mi imaginación débil sin dejar más vestigio que un rápido deslumbramiento? ¿Habla el mismo idioma que yo? ¿Es posible que en estas soledades salvajes haya alguien que me entienda y que yo lo entienda? ¿y que sepa que estoy aquí?—Y se frotaba los ojos queriendo descubrir la verdad. Procuraba serenarse para darse cuenta, para sentirse vivir, respiraba fuerte, y con su mano sobre el corazón lo sentía latir. No encontró otra expli-

cación que un ensueño, porque el cacique que hubiera podido ir no poseía su lengua.



III.

Entre tanto aquella noche ofrecía la toldería ó ciudad, digamos así, capital de inmensa tribu, un movimiento inusitado, un no se qué de extraño que hacía pensar en la víspera de un combate decisivo. Los viejos, el cuerpo legislativo y judicial, se habían reunido y permanecieron así largas horas deliberando con calor y al parecer no habían tomado ninguna resolución, porqué nada nuevo se hizo esa noche, salvo ciertas manifestaciones hostiles de la hueste que se verificaban á la presencia de un extraño. Desde que Ramstag volvió de la colina, los indios

no cesaron de lanzar piedras al aire con paja encendida, que arrojaban con destreza haciendo surcar la atmósfera con una línea curva de fuego que se extinguía poco antes de llegar al suelo. Ramstag se mostraba solo, silencioso, conociéndose en el ceño de su astuta fisonomía que su corazón era victíma de una pasión extraña; su cama, de ordinario en la choza, fué colocada en el bosque cercano. Ese lecho consistía eu una hamaca de red de tientos: estaba baja, apenas á media vara, como para bajar y volver á ella con facilidad.—Cuando las tres Marias, hubieron atravesado el meridiano, á la algazara sucedió un completo silencio. La noche tenebrosa era interrumpida su lobreguez por los fogones agonizantes y su silencio por el aullido de perros flacos que para ladrar necesitaban sentarse ó afirmarse al tronco de un arbusto. La voz humana había cesado por completo á la señal del cielo, como queda mudo el cuartel al toque de retiro. Los viejos se habían retirado á una colina cercana, punto ordinario de las delibera-

ciones, especie de foro ó congreso, alejado de la sorprcsa de los súbditos. Los consejeros estaban dispuestos de un modo particular, no en círculo como podría creerse, ni amontonados para escuchar mejor; formaban un triángulo de lados iguales en cuyos vértices estaban los más respetables, los que obstentaban mayores cicatrices, es decir, más timbres de gloria. Los lados eran llenados por el resto, quedando vacíos algunos espacios, cuando faltaban algunos; todos tenían su lugar designado y se aproximaban al vertice, cuando nnevos meritos habían recogido. Los tres de los vértices, deliberaban por sí solos, cuando se trataba de asuntos de poca importancia. En el centro de aquella reunión singular ardía un fogon que era atendido por un niño de diez años, y para hacerlo solicitaba de cada circunstante una astilla. El debate duraba tanto tiempo como el fuego.

Los primeros resplandores de la aurora asomaron en el horizonte, el reloj de fuego empezó á languidecer. Los viejos se retiraron sin haber arribado á nada

decisivo. A las doce volvieron á constituirse en su sesión, pero en un lugar distinto, apartado, sobre rocas inaccesibles, que debía tener una entrada oculta. Llegaron al desfiladero que dá acceso al valle de Trelan-Laú, estrecho camino que más parece hecho por la mano del hombre, que abertura prácticada por la naturaleza. En las paredes de las rocas talladas como con acero, vagamente se percibían informes restos de esculturas gastadas por el tiempo, que podían tomarse por asperezas de las piedras, que imitaban reyes y batallones, árboles y bestias, de un bajo relieve casi perdido. De este lado quedaba la toldería, y del otro del desfiladero se ensanchaba el valle ofreciendo tristísimo aspecto; esa garganta de piedra más dura que el fierro unía dos mansiones, la de los vivos y la de los muertos. Sobre el lado derecho estaba el nuevo congreso á que vais á asistir, y al frente más alto todavía é inaccesible para el hombre, decían que se reunían los diosés que juzgaban á los muertos. A la entrada del desfiladero, había un viejo seco,

doblado, con el pelo suelto, ojos hundidos, lleno de brazaletes y figuras diabólicas, que entregaba una astilla de leña, como boleto, para entrar en la deliberación; por el frente, y como cerrando la garganta, se elevaba una enorme roca calcárea, rugosa, esteril, bostezando el tédio de la eternidad por sus anchas rasgaduras é implorando por sus mil poros una gota de agua que hacía tiempo no caía. Estaban ya todos reunidos en la forma de triángulo; el reloj había dado la hora chisporroteando y consumiendo el tributo que cada uno había depositado. Los rayos del sol quemaban y hubieran fundido cualquier cabeza, á no ser las inmunes y recalentadas de los salvajes. Silencio absoluto reinaba en aquella vasta soledad; ni un paso de bestia, ni el murmullo de la hojarasca, ni fuga de lagartos, ni zumbido de insectos, ni siquiera la cigarra tan propia de los calores de plomo, hacían despertar, mover, animar, aquella tierra más triste, más silenciosa, más terca, más áspera, más muerta que los mismos justos que guardaba.



IV.

A fuer de rectos historiadores debemos prevenir de antemano que Ramstag por pedido suyo, asistió á la sesión en la que debía resolverse de la vida de los cautivos. El cacique parecía vivamente interesado; ocupaba el centro de uno de los dos lados del triángulo entre Calihué y Chaltana, dos viejos lampiños y raquíticos por la edad, además de ser el primero tuerto y el segundo cojo, eran respetables á juzgar por las cicatrices y las lesiones notables que ostentaban.

Los circunstantes depositaron en pira su leña y el niño frotando dos trozi-

tos de madera hizo fuego: el singular cuadrante del tiempo empezó á despedir columnas de humo que se perdían en el espacio. Se había dado la señal y empezó la deliberación.

Ramstag grave y profundo hizo la historia del apresamiento de esta manera:

—Habíamos ido á la costa á buscar agua necesaria y estábamos quitándole la sal en el gran pozo de Urtuzau, cuando una canoa inmensa como una casa, llena de trapos y cuerdas, arrojando humo como si se quemara, asomó en nuestros mares.

El viento soplaba para el lado de la tierra con violencia; las nubes estaban cargadas, relámpagos al Sud anunciaban lluvia. Pedíamos de rodillas al cielo, apagara nuestra sed de agua pura y nos llenara las lagunas para los potros. Poco después la casa se hundió, y estos cinco han llegado á la costa, además de una caja que llora; los dos chicos son hijos de esa mujer hermosa, y los otros dos hombres grandes parecen peones. Son fuertes y robustos. Muerte para estos,

cautiverio para los chicos, libertad y honores para la dama! Al concluir se retiró, haciendo reverencias á los legisladores. Había informado como miembro del poder ejecutivo y en su mensaje aconsejaba medidas á adoptarse.

—Muerte para todos!—agregó á media voz Calihué.

—Menos á la mujer—dijo Chaltana.

—Orden!—agregó el viejo del vértice.

—Se resolverá,—dijo otro.

—Que hable Catulik—exclamó un tercero.

—Yo, dijo Catulik, como viejo esperimentado, que conozco lo que son los cristianos, pido prisión perpetua en el Zebult para los hombres. Son traicioneros es verdad; pero bien seguros nada nos harán. Han de servir para divertinos en nuestras fiestas de gracias; los haremos montar potros y pelear con los tigres. Allí encontrarán la muerte si son flojos y nos habremos evitado la molestia de despacharlos tan flacos como están.

—Propongo.—agrega Chaltana con aire de pensador y satisfecho de su

ocurrencia—que se los engorde y los comamos en la fiesta del rio.

—Bravo!—exclamaron varias voces.

—No! no!—dijo Calihué, es mejor inmolarlos en honor de Paudet para aplacar su ira: nos falta agua.

—Bravo!!

—Entonces los comemos ó los inmolamos?

—Uno para comer y el otro...

—Uno no alcanza... son muchas bocas.

—Los dos para comer...

—Es mejor que vayan al Zebult.

—Que vayan al Zebult, exclamaron casi todos á un tiempo.

—¿Y los niños?

—Al cautiverio!

—Al pozo de Urtuzau!

—Al rio!

—Al mar!

—Irán al pozo del Shenué hasta que puedan servir de algo.

—¿Y la madre?

—¿La mujer?... dijeron todos á un tiempo, mírándose de reojo.

—Será mía—díjo Catulik.

—No; será mía.

—Mía!—exclamó otro cerrando los puños.

—Para no pelearse es mejor... al pozo con sus hijos.

—Matémosla!

—Ni lo uno ni lo otro; le corresponde á Ramstag, como cacique y como que la ha encontrado.

—¡Dichoso el! ¡Siempre él!



V.

Tomadas estas determinaciones y comunicadas á Ramstag, debían ponerse en ejecución. Los hombres marcharían al Zebult, oscura y lóbrega prisión, los niños y su madre irían al pozo Shenué, inmensa abertura en una roca vertical y lisa. El Zebult era un horrible suplicio, 'eterno martirio; el Shenué recibía luz y aire y el sol á medio día. Húmedo de por sí, las paredes destilaban cuando había marejada.

Los cautivos fueron trasladados solemnemente á sus respectivas prisiones; los hombres, es decir, los marineros, abrían la marcha con paso fir-

me y la cabeza agachada con el aire de la mayor resignación. Caminaban con seguridad y sin mínimo temor; no creían que los salvajes tuvieron prisiones tan crueles, porque, naturalmente debían faltarles los elementos; pero Raymundo al enfrentar con las fauces de ese lobo sin dientes, se hizo la señal de la cruz sin disimulo de ninguna clase. Su pulgar cruzó la frente, la boca y el pecho, concluyendo por imprimirle un sonoro beso. Seguían dos partidas de indios que sonaban flautas de caña y hueso, á cuyo compás brincaban lanzando alaridos estremecedores. Aquí Teofania con sus tiernos vástagos caminaba vacilante, llevando á cada uno de la manito; lloraba sin cesar y movía la cabeza como loca. Su pelo suelto y caído sobre sus hombros, formaba el marco de ese cuadro en que se destacaba su faz triste y llorosa.

El acto de la prisión terminó con escenas desgarradoras. El Zebult tragó á sus huéspedes y Teofania y sus hijos descendieren con el auxilio de una red de tientos, como embolsados.

Los dos presos desfilaron detrás del calabocero hasta el fondo de la cueva, donde fueron separados y puestos cada uno en una prisión. Raymundo, que era un español bizarro y hablantín, no callaba en protestas é indecencias inofensivas, puesto que nadie las entendía; el otro, cuya nacionalidad no se sabe, estaba muerto de miedo, por cuya razón no nos ocuparemos de él: su historia de prisión puede concretarse diciendo que oraba sin cesar. Uno y otro permanecieron un momento aturdidos por la repentina transición de la luz á la oscuridad. Sigamos solamente á Raymundo en los incidentes de carcel, que son interesantes: ¿Dónde estaba? ¿Cerca ó lejos de su compañero de desgracia? Pasando la puerta de entrada él no había observado otra: sus ojos se cegaron y entró á tientas guiado por el verdugo. Pero tenía conciencia de su prisión. Se colocó en una esquina semi sentado, permaneciendo así más de dos horas sin hacer el más leve ruído; sin embargo, no podía estar más tiempo, y luego había percibido en el otro extremo de la celda

un débil rayo de luz que caía oblícuamente; alargó la pierna con precaución inata hácia el sitio alumbrado, que era un punto. Dió un segundo paso y sintió hundirse; se detuvo agarrándose de la pared contigua, tentó por la derecha, pero esta vez un obstáculo le hizo caer. Ese bulto, al sentir encima la respetable humanidad de Raimundo, lanzó un gemido.

—Disculpe usted — dijo Raimundo cortezmente—pero le aseguro que á tener ojos de gato no le hubiera incomodado. Me dirá, señor: ¿es usted de esta vida ó de la otra? ¿ó es algún trapo? Vamos, dígame, que empiezo á tener miedo.

—Habeis caído— contestó una voz ronca y hueca—sobre un hombre que mañana será cadáver, después de estar aquí en horrible martirio hace siglos ya; y digo siglos porque un día me parece un año, una hora un día y un minuto una hora.

—¡Cáspita! La cosa es seria entonces; si mañana me lo cuelgan á usted, á mi tambien me tocará el turno y quizás primero que usted. ¿Cuando yo

entré usted dormía ó se ocupaba como buen cristiano en arreglar sus cuentas con Dios?

—Mis cuentas están arregladas, la balanza pesa más del platillo de los dolores que el de los pecados.

—Séa así, de lo que me alegro mucho.

—Quien sabe cuanto tiempo estará usted aquí...

—Pienso marcharme... pronto... esta noche.

—Já! já! já!

—Nos escaparemos juntos; seremos amigos y nos trataremos como viejos camaradas. Bueno, decidme ahora en confianza si os molesto, para retirarme; en tal caso, mi querido, seguid en vuestra ocupación. Yo no puedo trabajar, ni caminar, ni hacer nada, porque no veo ni mis manos.

—Ya te acostumbrareis, buen marinero.

—Como sabes que soy marinero?

—Por el traje, la gorra y el cordón de la navaja.

—Diablo!—dijo el marinero!—decis

que por mi traje, gorra y el cordón sabes mi profesión?

—Justamente.....

—Pero yo no veo ni la pared!

—Ah! sí, cuando permanezcas algunos años aquí, tus ojos se acostumbrarán.

—¡Que el mismísimo demonio me los saque antes de aprender á ver en las tinieblas. No quiero ser gato, ni aquí adentro para mis propias necesidades ¿Y cuántos años hace que estais preso?

—Ya no llevo cuenta, porque hace mucho tiempo que he dejado de contar los días.

—Pero hombre!...

—Sí, señor; cuando el cielo está encapotado ó llueve no se distingue el día de la noche. Así pues, ni aún queriendo se puede llevar cuenta segura.

—Con confianza ¿porqué estáis aquí?

—Prisionero de guerra ¿y tú?

—Yo, hermano mío, naufragué y me refugié en esta costa, los indios me dieron caza y aquí me tienes.

—Lo que siento es que mañana te van á ahorcar y así no podremos es-

caparnos; pero, en fin, me marcharé con mis compañeros.

—¡Cómo, que Dios te proteja! Te ayudaré en tu empresa.

—Mira, dijo José Raimundo, que ya empezaba á ver en la oscuridad, tengo una navaja y un pedazo de madero. Basta y sobra para horadar la cueva y fugarnos.

—Imposible! si escapas de este calabozo caerás en otro más grande que es el desierto y tus verdugos serán las fieras ó los mismos indios; sin embargo es preferible el aire libre con la esperanza de salvar. Mano á la obra.

—No, no; antes de nada necesito saber bien quien eres porque una imprudencia puede venderme, perderme. Dios sabe si tú no eres amigo de los indios? La verdad amiguito...

—¡Oh! ¡Oh! ¡guardais silencio farruco, no teneis confianza en mí!—agregó Raimundo.—Ya entiendo, quereis venderme; pero no tengo miedo; porqué cuándo hagas algo malo, hostil, te sepulto mi navaja y me mando mudar solo. Ya lo verás bribon! Pues bien, sabed, grandísimo desconfiado,

que me llaman José Raimundo y Centenares, de 27 años, marinero como lo habías visto, natural de Cataluña de la misma Barcelona, en la punta norte de la Rambla. Mis padres viven y los volveré á ver, mal que le pese á Don Cacique; tengo hermanas y un hermano, Antonio, oficial del ejército argentino ¿me entiendes?

—Entonces yo te conozco.

—¡Como!

—Ya lo verás. Tu padre que es el mío se llama Juan Raimundo y Centenares de Varela y Viscaya.

—¡Ola Ola!

—¡Tu tienes un tío que vive ó vivía en la calle Escudillers, 6.

—Bravo! Bravo!

—Y mi madre se llama Juana Centenares y Viscaya! Mi abuela que murió hace tres años vivía en la avenida de Gracia, 29.

—No hay duda.

—Mi hermanita mayor se llama Pepa, casada con el capitán Gonzales.

—No hay más, es él, mi hermano.

—¿Dudas todavía?

—Mientras no te vea la cara...

—¿Quieres algún dato para convencerte, incrédulo?

—¿Que color tenía el lindo caballo del capitán Gonzalez?

—Negro, renegrido, con una oreja blanca.

—Me resisto todavía.

—Bueno. Es necesario no perder tiempo, ya viene la noche y si no nos escapamos mañana, tronamos...

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—No tendremos tiempo.

—Hay tiempo. Las tres cuartas partes del trabajo está hecho. Tu navaja servirá muy bien para ultimar la obra.

—Ahora creo que sois mi hermano, venga un abrazo! y se abrazaron efectivamente. Gruesas lágrimas corrieron á uno y otro, que sellaron de ternura el reconocimiento en tan lóbrega prisión.



VI.

Los dos hermanos empezaron la tarea con animosidad y confianza.

Márcos Raimundo, que así se llamaba el preso de dos años, enseñó el agujero que había construido durante su prisión; un poco más y todo se habría concluido. Era cuestión de un metro más. Pero por lealtad era necesario pensar en el otro compañero que estaba en la celda contigua separada por un tabique de más de dos metros. Márcos y José decidieron salvar á Onofre á costa de los mayores peligros.

Márcos debía continuar su obra em-

pezada, y José debía comunicarse con Onofre. Dispuesto así, trabajaban y escuchaban al centinela alternativamente. El conducto hácia el exterior empezó á dejar sentír un éco hueco al golpe del madero afilado, anunciando su pronta terminación: el obrero se detuvo para dar el golpe de gracia, simultaneamente que su hermano.

Onofre oraba con resignación, medio dormido; pues debia dormir solamente con un ojo por que no perdía ni el más leve ruido. Sus oidos de liebre le permitieron sentir un murmullo primero y después los golpes en tierra; así pues, no cabía en sí de gozo cuando á esos golpes los sentia más cercanos; arañaba de la parte de su lado en la misma dirección del ruido para apurar la feliz terminación del audaz proyecto de fuga. Hácia las tres de la mañana, el pobre Onofre oyó algunas palabras muy cerca de él; era un rumrum indefinible, sordo, que callaba por momentos, del cual era imposible percibir palabras; pero no había duda que era causado por voz humana. Apli-

có el oído y se puso á escuchar, conteniendo la respiración.

El ruído aumentaba y como la hora no era á propósito para trabajo ordinario, fuera de duda que algun preso lo producía, procurando su evasión. Ese cautivo, se decía Onofre, no puede ser otro que mi compañero de infortunio; pero sea cual fuese, si cree evadirse viniendo para acá talvez no hará otra cosa que cambiar de caverna quizás más húmeda y oscura, que la que dejará. En fin el ruído se aproximó tanto que Onofre volvió á aplicar el oído sobre la pared, comprimiéndose el pecho: casi al mismo instante sintió un horrible trompón sobre su mejilla que le hizo caer. Era José que entusiasmado había resuelto voltear la última capa con un golpe de puño.

Onofre, que creía habérselas con un indio, se hizo el dormido, y el obrero se escurrió como un lagarto por el agujero que acababa de hacer; al mismo tiempo que asomaba su cabeza, llamó al compañero quien al reconocer la voz amiga volvió en sí y se dirigió hácia ella. Cuando se tocaron, un grito

de sorpresa y alegría lanzaron al mismo tiempo: se confundieron en un abrazo y lloraron. Permanecieron silenciosos y después de un breve instante, cuando volvió la calma á los espíritus habló José; refirió sus trabajos, sus angustias y el hallazgo de su hermano, el cual estaba encargado de perforar la bóveda para escaparse, lo que estaba ya casi concluído. Ambos cruzaron al departamento de Márcos, arrastrándose como reptiles por el pasadizo subterráneo.

La obra tocaba á su fin. Marcos dió una feroz estocada á la última capa; la punta del madero afilada salió hácia el exterior como podía conocerse desde el interior, puesto que se movía libremente. Un chorro de luz grisienta de la madrugada aclaró ligeramente el vientre del lobo, en cuya boca, como se ha dicho, estaba un centinela pero que á esta hora después de una noche en vela debía estar durmiéndose.

—Camaradas—exclamó Marcos—yo conozco bien la vida y las costumbres de los salvajes, porque, como soldado del ejército argentino (no sé que gra-

do tenga ahora) he luchado contra ellos varias veces! Ha llegado el supremo instante de nuestra evasión; la menor imprudencia puede perdernos como tambien la cobardía. Es necesario valor y cautela. No perdamos tiempo, ni un minuto más.

—¡Que Dios nos ayude!

—Sea, contestaron los otros.

—Saldré primero, dijo Márcos.

—Y yo después, agregó José, y ya afuera nosotros dos, por los brazos te levantaremos á tí, Onofre.

Marcos conocía aquellos desiertos, sinó palmo á palmo, podía por lo menos orientarse y ser mas diestro que cualquiera de los otros; además sabía que mientras el sol se levanta despues de una noche de descanso, todos los indios contemplan esa magnífica escena con unción religiosa; ninguno ofrece la espalda al hermosísimo santuario. Era pues fácil internarse en el monte próximo sin ser apercibidos, puesto que la toldería daba hácia el otro lado de la prisión. Para mayor claridad suponed una vía recta de norte á sud, en cuyo primer ex-

tremo está el monte, en el centro la prisión y en el otro extremo la tolderia, y os dareis cuenta facil de una evasión peligrosa, pero bien combinada.

En un soplo, corriendo á cuatro piés ó arrastrándose sobre el pecho, los fugitivos llegaron al monte; en donde se abrazaron los tres y dejaron escapar un profundo suspiro de alegría. Respirábase oxígeno puro en esa selva virgen, en vez del aire viciado de la cueva!

Se internaron en el desierto con dirección nordeste. No se conocen las peripecias de la excursión, ni se sabe de la vida de dos de ellos.



VII.

Mientras los fugitivos atravesaban el desierto en busca de su salvación, la pobre infeliz Teofania, que no había merecido ni un recuerdo de sus compañeros, permanecía en el mismo sitio, en el pozo en donde pasaba una vida de martirio, endulzada es verdad por las caricias de sus niños que sin comprender la situación, en su inocencia jugaban alegremente como en el más encumbrado palacio y comían sin hacer ascos la detestable merienda dos veces por día presentada por los amables carceleros del Schenué.
mé.

Por orden de Ramstag le presentaban carne una que otra vez por semana y la comía á pesar de ser esa carne dulce de caballo, porque era necesario vivir para vivir con sus hijos; de lo contrario, sin ese vínculo, hubiérase dejado morir de hambre mil veces.

Teofania era artística y seductora, de talle esbelto y escultural, alta y todo su conjunto bello, divino: Benvenuto Cellini, hubiera encontrado en ella un modelo más perfecto que su Scozzone.

Su cabeza simétrica, coronada de negro cabellos como el humo de pez, se alzaba resueltamente sobre un cuello marmóreo y torneado como el de Juno. Su tez blanca amorenada ofrecía en el cuello y en el cuerpo la trasparencía del nácar; sus ojos negros y relucientes parecían reflejar la eternidad y de ellos podría decirse que eran dos estrellas de primera magnitud: Tenían algo de divíno, además de su color y pureza, como tenían tambien el sello de lo humano y de lo mortal. Y era así: en la mirada de Teofania

había un rayo de lo infinito, de alma virginal, de espíritu sin mancha, cualidades todas del cielo; como también había un rayo de materialidad, de pasión, de humano, cualidades todas de la tierra, que hacen de un sér, una mujer que provoca el apetito carnal y que el hombre no vé otra cosa sinó á ella, sin pararse en medios para conseguirla y despues sellar su brutal pasión con un acto de unión pasajera y morganática.

Su rostro angelical de Galatea tenía boca igual á la de la estátua labrada por Pigmalión, cuyos hechiceros labios se movían para besar al artista. Teofania había besado y podía seguir besando, porque una alma de 25 primaveras respira aún pasion. En fin sus dientes eran perlas vírgenes que se las podía admirar simétricamente colocadas en su cuna húmeda y brillante, rodeada por dos pulidas líneas bermejas, como la flor del granado.

Vestía harapos, lo que agrandaba considerablemente la espléndida magnificencia de su hermosura porque dejaba entrever la morbidez de su pecho al

ritmo de la respiración, asomando suavemente y con desconfianza los pezones al través de la tela; las piernas bien hechas y como esculpidas en alabastro se hacían sentir rivalizando en hermosura y esbeltez, con los brazos que se ostentaban desnudos. Parecía una Minerva pagana, despojada de sus vestiduras, enseñando con ligeras reservas la purísimas formas de la belleza olímpica.

Ahí teneis en ese inmundo pozo á Teofania, á ese angel caído del cielo! ¡Acompañadle!





VIII.

Así, transcurió el tiempo, y la pobre cautiva no mejoraba su suerte, ni concebía siquiera la remota esperanza de recuperar la libertad. Un criminal encuentra perdón ¡un inocente jamás! Ramstag mismo era portador de la comida, carga que él mismo se había impuesto con placer para poder ver á su prisionera, hablar con ella, y hacerse simpático á sus ojos ya que el mismo, cacique de inmensa tribu y poderoso atleta del desierto, la cuidaba tratándola con bondad y ternura. Esas entrevistas diarias le hicieron recordar un poco del *cristiano* que ha-

bía aprendido no hacía muchos años, cuando le tocó la suerte de ir á servir como peón en un ingenio azucarero de Tucumán; además, de la conversación de la madre con los hijos, pudo aprovechar mucho para aumentar su vocabulario. Venancio le bautizaron cuando llegó á tierra civilizada y aquel nombre le sonaba bien; lo repetía con placer por más que la fruición del recuerdo venía aparejada de tortura.

Conservaba como inestimable prenda un precioso pañuelo de batista que había hallado cierto día en medío del gran cañaveral.

La verdad es que Venancio ó Ramstag, al cabo de algun tiempo, haciendo esfuerzos de memoria, recordó un poco de español, y aprendió más, al extremo de que todo entendía y se expresaba en ciertos momentos con claridad y holgura.

Ramstag estaba enamorado, no había duda: aquella ternura salvaje, la carne que ofrecía, el agua que llevaba diariamente, no podían explicarse de otra manera. Un jefe, un poderoso,

no se rebaja inpunemente: es necesario que intervenga el amor para verle dominado, humillado. La condesa d'Etampes gobernó la Europa dominando á Francisco I. Teofonia podía ser soberana de esos desiertos de civilización, pero habitados por innumerables salvajes, aceptando el amor de Venanció.

Estaban ambos acostumbrados á verse y los chiquilines jugaban con el indio. La cautiva no podía escaparse aún suponiendo que estubiera fuera del Shenué, lo que comprendido por los viejos legisladores, autorizaron al cacique á dejarla salir por la tarde y permanecer parte de la noche. Teofania se decidió cierta tarde: la misma bolsa de red la levantó, sentóse sobre una piedra agujereada que servía de mortero y al sondar la inmensa soledad, amplió el pecho para dejar escapar un profundo suspiro de pesar, y lloró amarga y copiosamente, observando con frenesi á sus tiernos vástagos. Horribles ideas cruzaron por su mente, las mismas que la agitáron aquella primera noche de insomnio y de fiebre. La disyuntiva era dura,

cruel, de hierro; se figuraba muerta ó mujer del cacique, lo que bien traducido quiere decir la vida ó el honor! Al fin, como despertando, como serenándose, se pasó la mano por la frente sudorosa y en un instante, cambió de aspecto; parecía que decididamente había tomado una resolución que no se podía preveer por qué un beso que imprimió á sus hijos podía tomarse como despedida optando por la muerte, ó como tierna caricia de vida. Su sufrimiento hacía sufrir á sus hijos, y su llanto hacía llorar á sus hijos. «Es necesario no turbar la inocencia, se dijo; si tienen poca vida que el dolor no la empañe ni un momento.

—¡Raúl mira!—exclamó, haciendo correr un canto rodado sobre la llanura. —¡Y vos, Benjamin, toma!—agregó, entregando un cabo de lanza rota. Y los nenes jugaban.

Ella había abandonado la piedra, para sentarse sobre el césped, rodeada de verdor y pocas flores; con un horizonte infinito que su mirada de mortal no podía penetrar; solitaria y triste, como la gaviota sentada en una rama

en medio de la inmensidad del Océano, mecida por las olas, como ella, Teofonia, estaba acariciada por la brisa fresca de la Pampa. Allí estaba, sumida en profunda meditación y contemplando con mirada indecible la magnificencia de la natura; con el cáliz del infortunio y de la amargura en la mano, apurándolo sin cesar; con espléndido cuadro delante de sus ojos, pero con otro siniestro en su imaginación; con sus hijos hermosos delante de sí, pero con otros groseros y toscos, mezclas de civilización y barbarie, allá en la pureza de sus entrañas ¡Oh! ¡terrible! En fin, allí estaba, la mujer hermosa de la civilización, como una estátua de blanco mármol esculpido con el modelo de una deidad, desesperada, meditabunda, como Eva fuera del Paraíso después del pecado! Por último, allí estaba ese alabastrino lírio entreabierto ya y halagado por el céfiro, pero sin perder el perfume, la forma y el color que solo poseen las flores tiernas.

Había llegado la tarde, ó más bien esa hora en que el alegre entristece;

esa hora en que el prisionero cobra esperanzas; cn que el condenado se vé libre; en que los viejos se creen jóvenes; los feos, hermosos; los necios, grandes talentos; los pobres, grandes ricachos; los desdichados afortunados, en que los muertos viven; en fin la hora en que se columbra todo el esplendor de la naturaleza, y la hora también en que muchas cosas se ven al revés ó se las cree fáciles! Es una hora que enloquece. El sol se había recogido melancólicamente, lanzando esplandorosas luces color de grana, y tan despacio escondió su disco á los ojos de Teofania que ésta hubiera dicho que el astro-rey disgustado y cansado de tanto alumbrar y calentar había resuelto no aparecer más; és decir el tiempo se pararía y los dias fatigados de venir consecutivamente, habían decidido detenerse hasta recuperar las fuerzas perdidas. Parecía pues, llegada la tarde no de un día sinó de todas las épocas pasadas; la tarde de la existencia del universo; el ocaso de la humanidad. No habría



más mañanas, ni mas días. Todo sería una eterna y santa noche!

El día murió besando los ojos de Teofania con su postrera luz.



IX.

Era una clara y apacible noche. La luna en contraposición del sol se alzó ufana y orgullosa é inundó la llanura con un mar de luz pálida y macilenta. Ramstag no contento de ver á Teofania varias veces, quiso verla de noche, para lo que se ocultó en un paraje cercano, tan cerca era que podia distinguir la voz de su amada; pero él no podía ser visto ni sentido. El indio se babeaba al contemplarla hermosa, bañada por la claridad: la creía en sus brazos que apretaba fuertemente contra su pecho como oprimiéndola. Temblaba al

escuchar su voz y cuando percibía un suspiro su amor llegaba al paroxismo.

—Venancio mío! esposo mío!—exclamó la joven madre, mientras que el cacique detrás de ella, pálido, frio, chascando los dientes, creía no escuchar estas palabras, que se las tomaba como dirigidas á él ¡Esposo mío! ¿quien sinó la fatalidad, el destino, ha venido á turbar nuestra calma? Cuando sepais mi desventura, maldecireis la hora en que consentisteis mi viaje. Iba á visitar á mi familia y vengo á caer en podcr de los desconocidos; iba á visitar mi ciudad, centro de la civilización, y vengo á caer en el desierto, foco de la barbarie!

Y tras una leve pausa agregó:

No hay esperanza, sobrellevaré serena mi desgracia.—Mis hijitos á dormir!

En seguida, creyéndose sola, empezó á murmurar frases cortadas que el mismo cacique no entendia y á ese monólogo sucedió una canción con voz tan suave, tan tierna, tan dulce, tan resignada, que parecía callar todo para escucharla. El eco de esa voz

se perdía en la inmensidad; los indios centinelas que estaban bastante alejados se fascinaban y como hipnoptizados acercáronse á la mujer divina. Recorrió todo su repertorio de canciones populares, y luego como para distraerse hizo una cruz pequeña de piedra y madera. Aquel símbolo santo del suplicio, le hizo recordar el martir del Gólgota; los recuerdos se agolparon en su mente con terrible confusión que le produjeron un éxtasis prolongado al cabo del cual, abriendo sus ojos miró la cruz de piedra que extendia sus brazos en actitud salvadora. La miraba con fija atención y su corazón y su cerebro funcionaban hipertrofiados; estos dos órganos en que radican la pasion y la idea aunaron sus fuerzas y juntos inspiraron á la jóven las siguientes estrofas, que cantó en tono de súplica con aire de resignacion y melancolía:

Aquí en este mismo lugar
En el monte que la pradera
Rodea y cubre á la par,
Elevo una cruz de madera
Frente á las olas del mar.

Será la cruz redentora
Y del náufrago consuelo:
El mar á sus plantas llora
Y entre el abismo y el cielo
Salvación se implora.

Si la barca vá perdida
No tema al mar que arredra,
Que aún á lo lejos mecida
Estos dos brazos de piedra
Le darán la despedida.

Si la barca solo se aleja,
Pida á la cruz sagrada
Que en el mar la proteja
En toda su retirada
Sin que tenga una queja.

Estos inmensos desiertos
Son los mares sin salida
Con rotos peñascos yertos,
Que me contemplan perdida
Morir de brazos abiertos.

Se agita sola mi alma
En negra noche traídora
Que rugiente bate palma
¡Llévame cruz protectora
A los mares de la calma!

Ah! no puedo más, oh, dolor!
Mi corazón de espanto
No respira ya su amor!
Venga de la muerte el manto
A cubrir esta tierna flor!!

La guitarra, aquella misma que salvó del naufragio hubiera acompañado con sus vibraciones, las tiernas endechas de la cautiva. Y así lo comprendió Venancio, que hubiera corrido á buscarla, á no ser el temor que tenía de ser sentido; pero al día siguiente sin explicación alguna la presentó á Teofania, quien comprendió ó sospechó algo por lo menos. El cacique cuando peón en el ingenio había conocido la guitarra y la había sentido con gusto.

Las noches siguientes se repitió la escena sin que Ramstag se hubiera animado á sorprender á Teofania en sus momentos de placer y de súplica.

X.

Era la quincuagésima noche que asistía Ramstag á su escondite. A la mañana arrojó de sí todos sus escrúpulos y parece que combinó un plan diabólico que más tarde hizo triunfar por la fuerza; aquel día se entregó á sus faenas con holgura, hizo formar la tribu, visitó las carpas, conferenció con los viejos, é invitó á sacar un cuero á un tigre que había muerto el día anterior á su amigo Marquilas, hombre de treinta años, fuerte y robusto, segundo jefe de la toldería, á quien asustó por sus maneras violentas, movimientos inusitados, mirada viva y

ardorosa y facundía paradógica más ardorosa que de costumbre. Luego á las doce, sol en meridiano, Ramstag se tiró sobre el césped, de decúbito dorsal, como escudriñando al sol, al cual parecía consultar; estuvo un buen rato, silencioso, gesticulando, haciendo señas con sus manos, que se agitaban sin cesar, al cabo del que se levantó mal humorado y volvió á su toldo.

Así trascurrió una semana, repitiendo sus consultas, llenando de cuidado é inquietud á Marquilas, que al fin se decidió á interrogarle, sin lograr otra cosa que irritarle. Ramstag hechó á los mismísimos diablos á su amigo, y le trató de animal, más bruto que un blanco. Consultó con Calihué, el cual puso el dedo en la llaga, tocó la cuerda sensible: trocó el fastidio por una crisis de enternecimiento y placer.

Los dos lloraron. Calihué, el viejo raquítico y cojo, consiguió doblar como cera el caracter de bronce del cacique.

De esta reunión, Ramstag se retiró con su opinión formada, su resolu-

cion hecha: Teofania debía ser de él...

Ramstag era un hombre realmente singular y lo calificamos así porque llaman la atención ciertas cualidades en un salvaje, que en un hombre civilizado serían vulgares; su singularidad era natural y no se le quitó de la cabeza, desde que conoció ciudad cristiana, casarse ó mejor adquirir una mujer blanca.

Salía de su escondite llevando clavada en su corazón la flecha de un amor imposible; había realizado su deseo de... ver siquiera una blanca, había hallado la pasión que buscaba pero era castigado por donde mas había pecado; había adorado demasiado á una blanca, como Tiburcio de Teófilo Gautiér, había adorado demasiado una pintura y se veía condenado á amar una blanca, como el héroe del autor francés á amar una pintura. Así pues, la pasión de Ramstag era pasión extravagante, insensata, loca, estrafalaria, imposible, porque Teofania no podía amarle, y él bien lo comprendía.

Sin embargo no os burleis del amor de Ramstag: muchos se enloquecen al contemplar una mujer pintada, al ver un retrato y más de una vez se ha visto que el mas descreído besa con delirio una estampa borroneada de caja de fosforos; y ¿quien no ha visto á su propio amigo volverse loco o poco menos al ver por primera vez á una preciosa muchacha en el palco de un teatro, á la que jamás ha hablado y de la que no conoce el timbre de la voz?

La emoción que embargaba á Ramstag era fuertemente agradable: él, que solo había experimentado los goces sensuales, sentía yá hervir su corazon; aquello era nuevo y se entregó por completo á los encantos de esa impresión intelectual, porqué hasta entonces no había hecho otra cosa que desearla, y cómo más se desea cuanto más dificil és, cada día aumentaba el fuego que ardía en el pecho del cacique.

Ramstag estaba completamente enamorado y quería completar sus goces; para un salvaje eso de mirar sola-

mente es muy puro, muy platónico. Es algo como besar una estatua de mármol, como desear la Virgen de Murillo, como enamorarse de la Magdalena de Rubens, como entusiasmarse de una protagonista hermosa de novela, como dejar de leer *Nana* por temor de adquirir la viruela.

Todas las noches el cacique iba á su escondite y se abismaba en la contemplación de su amada, y de día hacía lo mismo al llevar la comida, aprovechando siempre la oportunidad de hacerse querer; pero sin obtener nunca algo que le hiciera entender que su cariño se pagaba con cariño. Cada vez se retiraba más triste, más loco, más desesperado, más entusiasmado, más ardiente, más idiota, digamos, pues esta es la palabra que cuadra.

Terminaremos. Transcurrió un tiempo como de tres meses en que Ramstag permaneció en transcendental lirismo, en purísimo azul, pidiendo siempre al santo de su devoción un milagro. Buscó en la gran toldería un tipo que se acercase á su Teofania, ¡pero que! sus investigaciones no le

aprovecharon porque era en balde buscar en esas caras cadradas, ojos rasgados y chicos, un prodigio de hermosura que se le pareciese.



XI.

No podía segir el transcendental lirismo: la naturaleza de hierro de Ramstag se reventaba. No había manifestado sus intenciones de una manera clara por más que él lo creía así, llevando y sirviendo personalmente á Teofania. Era naturalmente tímido, porque aquella hermosura le deslumbraba; lo noble se impone, los discípulos sabios admiran el gran maestro; y solo puede haber franqueza cuando se trata de igual á igual.

Todo se había preparado para el último golpe, y permítase llamarlo mudo porque Ramstag, como se ha dicho-

jamás había manifestado sus pretensiones de una manera decidida y franca.

Una tarde, ya de noche, fué á su escondite, pero esta vez la visión no apareció como de costumbre; sin embargo, pasó poco rato y los dos se enfrentaron. Ramstag tuvo tiempo de ver su cara deliciosa, encuadrada en opulentos rizos y... unos labios de grana frescos, fresquísimos, pues hacía tiempo que no besaban á hombre alguno.

Teofania apresuró el paso y lo dobló al sentirse seguida del cacique, quien se mantenía á cierta distancia; por vaga y temerosa sospecha ella volvía la cara cada momento, y siguió con derechura al bosque, creyendo escaparse. Las dos sombras se perdieron en la espesura.



XII.

Desde este momento cambió completamente: se puso más triste, melancólica y su fisonomía se desencajó. La tenía pura y vírgen, fresca, lozana, recuperando su verdor por la ausencia del marido. Pero este nuevo esposo surgido sin bendiciones ni ceremonias, la volvió á su primitivo estado, aún con más fuerza; antes desmereció en hermosura, pero conservaba su alegría compartiendo con un hombre que amaba; hoy era arrebatada por la violencia y un bruto quería apoderarse de su corazón, sellando un matrimonio imposible con un acto carnal. No había remedio. La semilla cualquiera que sea, lanzada en fecunda tierra, por ley tiene que germinar.



XIII.

Su espíritu se debilitó y de su unidad nacieron dos que estaban en continua lucha animando un cuerpo que perdía su morbidez, su forma y su blancura bajo la fuerza de una evolución fatal que se desarrollaba en sus entrañas.

Teofania en su cautiverio estaba siempre triste, abatida: había sido alegre y expansiva, pero en el desierto gustaba de la soledad, como la planta exótica que requiere vivir sola exigiendo cuidados, pero siempre mustia. Por la mañana y por la noche se complacía, como si se tratase de una

verdadera diversión, en estar sola, más sola que la soledad misma del desierto, retirándose á un lugar apartado en donde se distraía saboreando castillos en el aire. Muchas veces durante el día, teniendo á su frente al cacique que la contemplaba embelesado, se retiraba súbitamente para ir á «su lugar apartado» y lo hacía con tanta apresuración que parecía una fuga.

El «lugar» que los indios llamaban *Zenataquí*—valle que engaña—era un pedazo de ondulación del terreno, como incrustada entre dos lomitas, cuyas faldas alimentaban arboles de distintos tamaños y variedad escogida. Allí se arreglaba el pelo, componía su ropa y acompañaba siempre estas ocupaciones ordinarias con cantos melancólicos.

Prefería siempre sentarse á orillas del *Soparí*, pequeño arroyo que saltaba entre guijarros, murmurando una música continua de cristal y de bronce. Nunca se cansaba de permanecer en aquella solitaria ribera, á pesar de que, durante ocho meses, no cruzaba

más que el mismo cuadro delante de sus ojos.

La primavera de ese año fué de exquisita dulzura, días apacibles refrescados por las brisas, noches aclaradas por la luna, que hacía del valle un lago de plata.

Teofania tendria entonces 26 años, de los cuales el último, muy trabajado, valía por cinco; eran pues treinta los que se amontonaban sobre ella, aunque igual tiempo no había corrido. Tenía pues la vida media.

Conservaba sus afecciones en la plenitud del amor; su corazon latía con frecuencia al agolparse los recuerdos, al evocar los cariños; pero tambien se sentia excitada cuando la pasión sensual rebozaba por su cuerpo. Esa necesidad, ese apetito había que saciarlo cualquiera que fuera la carne que se presentara; el primer bocado desagradaba; pero los sucesivos los sentía con la fruición indecible que lleva al paroxismo.

¡Pobre mujer! Sufría angustias repentinas que la ahogaban; como expe-

rimentaba dichas inefables que la trasportaban en éxtasis.

Así una noche al oscurecer, abrazó fuertemente á Layanca, llorando copiosamente llena de pena, llorando con llanto de dolor que enternecía á los espectadores. Desfallecía entre éxtasis eróticos, que despertando no se atrevía á recordar, avergonzada de la pena de su alma, de su conciencia y de su felicidad de su cuerpo. Otras veces revolcándose en su dilatada cama, sobre el suelo, se despertaba sobresaltada, las manos cruzadas sobre el pecho como abrazando, y tenía que andar sobre espinas, zarzas y guijarros con los piés desnudos, animada de la sensación mixta que la dominaba, y corría á la ribera del Sopari y ya en su apartado lugar se quedaba arrobada sin conocimiento de su sér, en aquel baño de aire fresco, húmedo y perfumado que envolvía su cuerpo y mojándose sus brazos hasta el codo, todo lo que la calmaba.

Disparaba del pecado y buscaba el aire y aguas purificantes que la hacían renacer en la gracia de su crisol.

Cada día que concurría á la ribera se sorprendía más al contemplar el peñasco enorme que se ocultaba en gran parte entre las nubes del cielo. Cada día le parecía vislumbrarlo por vez primera maravillada del poder divino y comprendiendo que aquellas piedras viejas amontanadas, todas de la misma familia amaban y se reproducían. «Y las piedras se reproducen por ley natural se repetia cada momento»; diciendo esta frase sin razonarla, sin darse cuenta, porque nada sabía de la evolución que en sus entrañas formaba un vástago, un semejante.

«Este peñasco ha sido pequeño, una piedra insignificante, ha necesitado el trabajo de los siglos para nacer, del trabajo de los siglos para crecer, sirve de mucho porque es una barrera para el viento y esconde en sus entrañas, en sus adentros, bastante oro que alimentará mil generaciones venideras».

Del Sopari, huía, volaba á la cueva ó iglesia como ella llamaba, abierta al pié de la montaña, para dar gracias á Dios que proporcionándole ese aire y agua fresca, le había alejado del

pecado. Llegaba al fondo, oscuro como antro, húmedo como el Shenué, roncando como se fuera la garganta de un león voraz, se arrodillaba, se hacía la señal de la cruz y quedaba aplastada por la plegaria. En seguida como suspendida con los brazos hácia arriba, se doblaba sobre la cintura hasta besar la madre tierra. Suspiraba y gruesas lágrimas dejaba escapar.



XIV.

Dejemos germinar la semilla y mientras tanto ocupémonos de otros detalles interesantes que completarán el cuadro.

El valle de Reupuen no es sinó una ancha hendidura que los desgarrones y sucesivas sacudidas del globo han podido crear entre dos cerros que antes debían besarse por la cima. Con el trabajo asiduo é interminable del tiempo las faldas de estas dos montañas se han cubierto de arena en partes y de tierra vegetal en otras: bosques y prados de finas hierbas como vellón verde-oscuro cubren los fértiles pedazos

que á la verdad no son muchos. Y digamos también que solamente se vive, se respira en tres meses del año; los otros nueve son una noche que á pesar de la luz cenicienta del día invernal no se columbra nada. Todo llora bajo el peso de la nieve que quema á las plantas con su propio frío. Aquí frio, allá calor excesivo.

Ramstag poseía en sus territorios los dos extremos.

A la derecha entrando por el angosto desfiladero tallado á pico que los naturales llamaban Dranlay, esto es, garganta, veíase una pequeña elevación especie de gran muro macizo cubiertos los flancos de inscripciones bajos relieves y el techo ó planchada superior cubierto de cruces y otros emblemas, como un puñal atravesando un corazón, dos lanzas cruzadas en un brazo, daban á todo el conjunto un aspecto particular, funerario y guerrero, tosco y suave, que recordaba en mucho por la habilidad del trabajo y lo curioso de los símbolos, á esos monumentos todavía indecifrables del Egipto. Diríase de aquello que una

raza ya esterminada, tan inteligente y laboriosa como las primeras del mundo conocido, habían esculpido en piedra la historia de sus hazañas, como los siglos posteriores lo han hecho sobre el papiro, el pergamino y el papel.

En el ángulo del nordeste del gran muro, cuyo nombre correctamente debe ser el de monumento, obsérvase una cara graciosa, llena de benevolencia y dulzura, que debía representar al Dios Zapi-al-akú.

Otras caras ó fisonomías mas ó menos perpetuas, representando otras tantas divinidades, completaban el cuadro de los guardianes que velaban á los héroes caidos en defensa de la patria. Inscripciones en caracteres curiosos, irreproductibles, alternados con dibujos de objetos significativos, han hecho comprender que ese monumento fué eregido hace mas de 500 años en homenage á la memoria de valientes campeones.

Los salvages, si salvages puede llamarse á los hombres que sin elementos hacen primores y honran la virtud y el valor, son nobles, cariñosos y lea-

les; ellos no olvidan las acciones meritorias y las pagan con el mejor agradecimiento, con el eterno recuerdo. Desgraciadamente Alejandría tuvo sus bárbaros que quemaron su biblioteca, y este precioso monumento, esa obra de arte de cuatro siglos atras que hubiera revelado á un Champolión la historia de esas regiones, tuvo también sus bárbaros; pero mas bárbaros que los otros, porque llevaban un estandarte de paz y se vanagloriaban de trasportar la civilización. Ahí han quedado los escombros que solo una gran cabeza puede unirlos, rehacerlos, darles vida, infundirles su primitivo aspecto. El rio cercano lame con sus aguas tranquilas un gran pedazo cuajado de signos, que podría llenar mas de una página de historia.

Sobre el mismo rumbo y más al fondo, se destaca lo que hoy la gente del campo llama la Salamanca: una inmensa cueva con su boca negra á cinco metros del suelo en un plano de roca perfectamente vertical. Cuenta un viajero que una vez disparó su

fusil sobre ella y sintió despues de la detonación un ruido tan extraño que no quiso hacerlo una segunda vez. Los expedicionarios se han cruzado por ahí cientos de veces y no sabemos que ninguno haya penetrado siquiera un metro por el cerro, por el misterio que la tradicion conserva de ella. La Salamanca es la casa de los diablos y como la de España debía ser una universidad por que de ella se salía con el díploma de domador, baqueano, nadador, rastreador, luchador, y con los diplomados ni por prueba nadie competía. Un domador debia resistir los corcovos de un sauce debajo del cual hervían fondos de plomo. Un baqueano debía llevárselo en la inmensa oscuridad al fondo de la cueva y luego pararse á la puerta, sin tantear las paredes. Estas pruebas debían ser finales y como un exámen general, pues los que las habían soportado con éxito abandonaban la tenebrosa mansión, con cargo de volver de tiempo en tiempo á practicar un repaso.

El título de rastreador era el más difícil de obtener.

En el fondo de la hendidura entrando siempre por la garganta, obsérvase hoy mismo la cruz de piedra, de cabeza y brazos interminables. Desde muy lejos la inmensa cruz es probable exista todavía, un agugero negro interminable, insondable, de más de un metro de diámetro; una piedra arrojada á plomo, no encontraba fondo, por lo menos aparentemente, pues no se sentía su choque ní con agua, ni con tierra, ni con otra piedra. La leyenda cuenta que de ese agujero, cuando la tierra concluía su revolución anual, salían ruidos de metal. Parecía como un ojo del suelo destinado á mirar á los mortales; pero también parecía una garganta de hierro que gemía tan solo una vez al año. Los salvages lo temían y únicamente al cacique le era permitido acercarse para observar los fenómenos invisibles que en él se desarrollaban.

La descripción sucinta del valle histórico de los dominios de Ramstag permitirá pensar ó variar un tanto la

opinión que sobre los pobladores se ha formado leyendo los capítulos anteriores. Se trata de salvajes, no hay duda comparativamente con la civilización y la cultura de los modernos tiempos, pero no son salvages si descartando algunos sentimientos antihumanitarios y algunas costumbres inmorales, se mira las obras de arte y otras curiosidades que hoy empiezan á llegar á nuestro museo.

No somos crueles ni calificamos de sabios á los Egipcios, que practicaban costumbres más indecentes y cultos más estúpidos que estos pobladores del Sud. Admiramos el talento y la labor sin fijarnos que esas dotes estaban mal dirigidas. Los mismos griegos cuya historia nos sorprende todavía, tenían su pitonisa y creían en ella, como se cree hoy en las verdades de la ciencia.

Los vasallos de Ramstag deliberaban y antes de tomar una resolución aducían las razones en pro y en contra. No perdían una batalla porque el sol se eclipsaba, ni temían tampoco de las iras de Dios.

Eran una mezcla de barbarie y de civilización y si se permitiera la comparación, diríase que son como un joven de dos corazones: uno para amar á la viuda rica, el otro á la soltera pobre. Además estas mujeres no se parecen ni en la edad ni en el genio, ni en la cara y pueden inspirar dos pasiones distintas en el mismo hombre. Así los indios amaban la civilización con sus dolores y la barbarie y la vida errante con sus dolores también distanciando la una de la otra como la noche del día. De cada indio podíase decir que era un doble hombre. Un lado de civilización y un lado salvage.

Hoy los pocos indios nómades que quedan han abrazado con ardor la vida salvage, errante, porque se les ha querido civilizar, educar á fuerza de torturas y de crueldades sin nombre: como también los que han gustado de la cultura la han tomado igualmente con entusiasmo.

Se ha dicho que en los dominios de Ramstag se tocaban los extremos. En efecto el mar y la cordillera caían bajo su poder. Los inmensos picos

nevados, destacándose puramente sobre el azul de un cielo tierno y limpio, pinchan como puntas de lanza á las nubes, que se desvanecen á su contacto como heridas de muerte ó avergonzadas por un furtivo beso dado por la tierra. Por la tarde debido al reflejo de las nieves, se enciende el horizonte, esplotan las nubes que desgarradas forman los cuadros mas caprichosos que violentan la admiración. Un aparato escénico, soberbio y fugaz, de mil de coloridos es la terminación del día. Luego cae el telon: es el velo de la noche que lo cubre todo.

El silencio profundo que reina en las inmensas soledades, más profundo y más triste que el silencio de un alma pecadora y arrepentida, deja oir ruidos vagos que aterran, sonidos que matan, gritos de animales que hacen temblar. El murmullo del agua se percibe con constancia, triste, pero alentador; el grito del indio guardián es la única voz humana que repercute en los abismos y se pierde debilitándose gradualmente en la llanura.

El relincho del caballo y el mu-

gido del toro, tienen allí algo de fúnebre, de tétrico, de espantoso. El hombre se siente morir al ver desnuda y dormida á la Naturaleza. Júzguese pues del ánimo de Teofania.

Era un mundo nuevo, deshabitado, contrastando singularmente con el que la cautiva había conocido. El dolor da esa vida y el trabajo que se operaba en sus entrañas, empezaban á tallar surcos en la cara, surcos ó pliegues suaves de la piel de la fisonomía que no la afeaban, sinó que al contrario, hermoseándola, la daban un aire de tristeza y de perfecta resignación.



XV.

La semilla lanzada en tierra fértil ha fecundado; su desarrollo se ha verificado en concordia con las leyes naturales. El noveno mes de embarazo, con su cortejo encantador y repugnante de síntomas ha llegado al decimo quinto dia. *Navi plena, tolle vectoren.* Así en ese estado la pobre Teofania, probablemente desesperada ó animada por un impulso físico lascivo, asistió sin ruegos á un gran bacanal de los indios en honor de Hannet, hermano de Abbas y de Emerpe. Bailó y libó con todos, todos la hicieron corte y cuentan que admitió pasageros en su buque cargado, como lo hacía Claudia, la mujer de Pilatos.



XVI.

La orgía se suspendió por un acto inesperado. Teofania enferma fué trasportada al Banag, hermoso palacio de piedra y madera en donde se asistía á las esposas de los principales. Los dolores espantosos produjeron un síncope largo: sus ojos se vendaron, la cubrieron de ropas, la cortaron las uñas y la sahumaron. A la madrugada, la escena terminó. Una vieja vestida de blanco, con las manos y los piés pintados de azul, la cara con líneas del mismo color y puntos rojos, se presentó al lecho de la enferma, hízo varias maniobras como bruja,

peinó los cabellos, hizo una señal sobre la frente y sobre el pecho depositó un brote de aroma. Teofania besó á su nuevo hijo.



XVII

El niño fué trasportado en seguida á una habitación de techo muy bajo y forma poligonal; sobre cada lado de la arista superior pendían telas de paja groseramente tegidas, á manera de cortinas. Detrás de ellas, y como inscripciones, veíanse toscos caractéres imposibles de descifrar, á la derecha de la puerta se alzaba una efigie inmensa, cuya cabeza salía al exterior por un agujero del techo que se ceñía al cuello. Estaba toda ella cubierta de una túnica perfectamente esculpida y en la misma piedra que formaba el todo. En el dedo índice de

la mano derecha se obserbava un anillo que todos los que pasaban por su frente debían besar. El tierno niño, llevado por la vieja vestida de blanco, besó también aquel símbolo, cuya significación no se ha podido conocer. Fué un beso inocente y á la fuerza; la dureza y las arrugas de la piedra sobre sus labios tiernos y desnudos produjeron su impresión. El niño lloró muchísimo más de una hora y solo se le llevó más adelante, cuando un apasible sueño, talvez de cansancio de tanto llorar, lo embargó. Desde aquel momento la conductora tomó un aspecto especial, caminaba tan lentamente que parecía que jamás iba llegar al centro del cuarto, distante á lo más de cinco metros. La vieja acompañaba cada paso con un rugido estremecedor que solo ella sabía hacer. Para dejar escapar esos resoplidos más salvajes y aterradores que los de un león en pleno desierto, colocaba sus labios en perfecto círculo; la lengua asomaba cada cinco rugidos para imprimirle al sesto un tiempo extraordinario. Entre tanto en el cen-

tro, un círculo de indios, todos en actitud pensativa y mas sérios que la estatua de la puerta, esperaban al recien nacido. Hubiérase dicho de ellos que eran tambien piedras en forma de seres humanos ó casi humanos. Al acercarse la bruja, se entreabieron y la dejaron pasar; ella tomó el centro y cuando sobre los talones dió vueltas é hizo reconocer al nuevo habitante de aquellos parajes, Ramstag besó á su hijo en la frente. Todo quedó en silencio. Un instante después todos los indios en coro empezaron á rugir suavemente; el vocerio fué gradualmente aumentando hasta que aquello se hizo infernal. El niño se despertó y continuó su interrumpido llanto. Otra vez todo silencio.

Ramstag salió y despues de consultar al sol ó quien sabe á quien, de besar el anillo de la egipcia ó portera, de caminar de rodillas por todo el cuarto, volvió nuevamente á su sitio. Habló en secreto con el de su derecha y este con el otro, y así se pasaron la palabra hasta el otro ex-

tremo. A una seña de Ramstag todos á un tiempo gritaron: *Pocalec!*

El hijo de Teofania debía llamarse así. Pocalec tenía una fisonomía del todo particular; no era ni salvage ni tenia un conjunto fino. Era una cara mixta que revelaba inteligencia é instintos salvajes. Sus ojos pardos y rasgados como los de su madre chispeaban á los dos años, su cutis casi blanco en igual tiempo se tostó.

El vínculo reciente que ligó á Teofania y Ramstag por un sello natural de sangre aunque forzado, creó una nueva situación á la cautiva, que si bien es verdad, no produjo alivio en su suerte física, ni hizo vislumbrar la más remota esperanza de terminar el martirio, por lo menos mejoró su situación moral. El nuevo hijo la ataba por decir así á la nueva patria, pedazo de la suya grande y civilizada, y no podía pensar en fugar sin llevar consigo al nuevo ser, á su Pocalec, que se había engendrado, evolucionado y vivido en sus entrañas; por otra parte, sus dos primeros hijos no podían quedar olvidados, de los cuales no se sa-

bía la verdad. Muertos ó vivos, estando ella en aquel paraje, permanecería siempre más cerca que en cualquier otro punto; si vivos, abrigaba la esperanza de tenerlos pronto á su lado por gracia y concesión de Ramstag; si muertos, sus súplicas y sus oraciones serían más frescas y más aplicables. Además no podía resolverse á abandonar esos huesos que eran suyos en tierra extraña, que iban á mezclarse seguramente con los de los salvajes que les habían dado la muerte. Quería de ellos por lo menos un recuerdo cualquiera y señalar la tumba con una cruz y humedecer la tierra que cubría los mortales despojos con sus lágrimas.

Estas reflexiones la dieron ánimo y á pesar de la pena profunda é inagotable que la producían la ausencia é incertidumbre de Raul y Benjamin, empezó á vivir, dedicando amor y cariño á Pocalec, tan merecedor el pobre inocente de las caricias maternales como sus dos medios hermanos.

Cuatro años transcurrieron. Pocalec creció sin perder un minuto y adquirió en ese tiempo un desarrollo que

aparentaba dos ó tres años más de edad. Los indios festejaban las vivezas del hijo del cacique; todos preveían en él un futuro jefe de la tribu tan hábil y astuto como sus enemigos, que sabría llevarlos con estrategia al combate para conservar las tierras propias y recuperar las perdidas. No es de extrañar ese desarrollo físico é intelectual tan precoz; su padre Ramstag poseía una inteligencia que sobresalía del resto de la tribu, entendido que los habitantes de estas regiones estan lejos de ser obtusos como por error lo han supuesto. Su madre, de tipo inteligente también, había recibido una esmerada educación; no era una mujer vulgar, de esas que hay tantas, tan inservibles como incapaces de salvar una situación difícil: el hecho de sobrevivir á tanta desgracia indicaba de parte de Teofania, una alma grande y vigorosa. No la habían faltado en ningún momento ideas y concepciones luminosas para escapar de Ramstag y aún de la misma tribu, pero el amor á sus hijos y las dificultades insuperables la hacían desistir instante

por instante. Y si cedió al amor falso del cacique fué por vivir para sus hijos y agobiada por el peso de una sensación natural é innata, no por un sentimiento, jamás! Así pues, fácil será concebir el conjunto fisonómico de Pocalec, teniendo en vista estos antecedentes que la naturaleza los convierte en signos, los cuales concurren ó se destruyen por un acto misterioso que la fisiología embriológica no ha explicado todavía.

Esta cara, se ha dicho, era una cara xmita: tenía algo de salvaje á la par que mucho de culta; los ojos grandes, brillantes, chispeantes, eran de Teofania, la nariz gruesa pero bien perfilada, el pelo lacio y negro era de Ramstag, la boca y sus accesorios participaban de la tosquedad y virilidad del padre y de la gracia y belleza de la madre. Valor, arrojo, sus actos de niño lo revelaban á cada instante; astucia, viveza de imaginación, ideas claras y precisas, constituían por otro lado la perfección de su cerebro. La cabeza que guardaba el órgano del mundo intelectual estaba en perfecta consonan-

cia: frente ámplia, abierta, occipital vultuoso, y sienes deprimidas. La frenología hubiera encontrado en ella un bellisímo ejemplo para ratificar sus conclusiones. Esas sienes deprimidas como las de su madre, en oposición á las abovedadas de su otro ascendiente, quería decir bondad, amor al prójimo, en una palabra, ausencia completa de sentimientos malignos, de rencor y de perfidía.



XVIII.

El tiempo pasaba veloz. Pocalec crecia, haciendo sentir dia á dia la influencia de su inteligencia sobre toda la tribu. Ambicionaba con vehemencia ocupar el puesto del padre para realizar numerosos proyectos sugeridos por su madre, por los cuales no entraba Ramstag creyendo ofender á las costumbres impuestas por los dioses y seguidas al pié de la letra por los vasallos desde hacía cientos de años. Modificar la construcción de las casas como Pocalec quería, era algo sumamente grave que disgustaba mucho á todos los viejos legisladores,

particularmente á Charuá, indio estúpido que había maquinado proyectos tenebrosos contra el supuesto agresor de sus dioses; nó, era imposible conseguir ese triunfo por la via natural y así lo comprendieron Teofania y Pocalec, que decidieron valerse de un ardid con mucho de brujeria, para inclinar á los indios á aceptar la modificación de las viviendas. Mucho tiempo duró la preparación de los elementos. Una vez todo concluido, Pocalec invitó á los mas brutos de la tribu, por supuesto con el permiso del cacique, á una reunión en que iba á contar una revelación que le habían hecho los dioses. Charuá, el mas emperrado de todos, concurrió el primero. Los dispuso sentados á todos constituyendo una línea en espiral, cada uno con una pequeña astilla de leña que Teofania sabia era muy humeante y aromática y se hizo fuego con ellas. Previamente Pocalec había cavado un gran foso que recubrió admirablemente con yerbas, de tal modo que no se podía sospechar su existencia; y advirtió á los circunstantes en

el momento de comenzar la original conferencía que los disconformes debian retírarse por un camino que él señaló, del lado del foso, mientras los otros debían enderezar por camino contrario. Teofania, autora de todo esto, se había munido de la guitarra con el objeto que mas adelante se conocerá y se ocultó convenientemente.

Todo dispuesto Pocalec dijo:

—Han tenido ya bastante tiempo para conocerme y se habrán convencido que soy yo el protegido de Collfull; ese dios, el más grande de los nuestros, me ha destinado á ser el jefe de ustedes, y á llevaros por un camino hermoso á la felicidad. Me ha enseñado la manera de que jamás nos falte ni agua ni carne; además quiere que nuestras viviendas pobres y descubiertas sean abandonadas y hagamos otras iguales ó parecidas á una que él mismo me ha regalado: está sobre la márgen derecha del Sopari.

Los indios lanzaron un alarido estrepitoso, se arremolinaron y los descontentos se encaminaron en hilera por el camino señalado. La cubierta

del foso cedió á las plantas de Charúa, tragándose dos más que iban detrás de él.

Este accidente, perfectamente previsto, descompuso á los que seguían, dando todos una franca vuelta, sin atreverse á pensar en una explicación, pues creyeron desde luego en un castigo de Collfull por haber desconfiado y no haber aceptado lo que había dicho por boca de Pocalec.

Este comprendió en el acto que se había producido el efecto deseado. Los calmó y los dispuso como al principio, agregando que para mayor satisfaccion y certidumbre de los desconfiados, Collfull había dispuesto que un coro de ángeles se hiciera sentir para llevar á todos el más pleno convencimiento. Todo quedó silencioso. Entretanto Teofania, al cabo de lo ocurrido, dejó escapar, con melodía insuperable, notas espléndidas de la guitarra, lo que arrobó por completo á los salvajes. La música celestial terminó; todos, como movidos por un resorte eléctrico de la misma pila, se

levantaron, dirigiéndose á Pocalec, á quien abrazaron con frenesí.

Esta estratagema realzó notablemente los méritos de Pocalec, que desde aquel instante tenía ya algo de divino; sin un esfuerzo más quedó desde luego jefe de la tribu. Ramstag no hizo oposición por tratarse de su hijo y para contentar á sus súbditos, que desconocían en cierto grado su autoridad, dándola toda al emisario de Collfull.

Aquel dia fué de fiesta en toda la población. El asombro de los salvajes llegó al colmo cuando pudieron contemplar la casita que Pocalec y su madre habían construído á orillas del Sopari. La nueva edificación reunía elegancia, solidez y comodidad. Y esto no era de extrañar: Teofania conocía las construcciones de su tierra. Los indios, muy artísticos para esculpir estatuas gigantes y grabar piedras más duras que el acero, no se habian preocupado del hogar, no porque fuesen incapaces de hacerlo, y mejor aún que el modelo presentado por Pocalec, sinó porque estaban reñidos

con las prácticas civilizadas y entregados á las costumbres nómadas.

Teofania era la que verdaderamente gobernaba la tribu, sirviéndose de su hijo como de su brazo derecho.

Numerosas prácticas de la civilización fueron introducidas sin resistencia, indicadas todas por Teofania, que se daba tiempo para esto y algo más. Su hijo sabía hablar tambien el español, puede decirse con corrección, siendo este el lenguaje entre ambos delante de los indios.

El dominio que Teofania logró ejercer le permitió recuperar sus hijos, grandes ya, que hasta entonces habían estado alejados. Sin perder los rasgos finos de su fisonomía, los muchachos estaban poco menos que desconocidos. El buen trato y las atenciones de Teofania, bien pronto les restituyeron en parte su aspecto decente. Así quedó constituida casi completa la familia que tantos servicios había prestado á la civilización, como más allá se verá, á los salvajes también, ensenándoles muchas prácticas nobles, y á la misma humanidad, ahorrando un cre-

cido número de víctimas en esa lucha fratricida llamada conquista del desierto, en que se han repetido con horrible refinamiento las escenas atroces de los españoles en tiempo del descubrimiento.



XIX.

Apenas había transcurrido poco tiempo de la jefatura de Pocalec, en cuyo tiempo se había prodigado felicidad á la tribu, cuando la tranquilidad se vió turbada de golpe. Los sembradíos que posteriormente han encontrado las expediciones, datan de esa época.

Una noche muy oscura, tenebrosa, á la hora del profundo silencio, cuando todos dormían, menos Pocalec, su madre y sus hermanos, los perros se agitaron, retirándose á una y dos cuadras. Sus aullidos tristes y lastimeros se sentían á lo lejos y resonaban en el ámbito dilatado del desierto con un eco

más triste y más lastimero. Pocalec los sintió desde el primer momento, embargándole de seguida una pena que él procuraba alejar; sus ojos se llenaban por acto reflejo de lágrimas y todo su sér se sentía modificado por un algo inexplicable. Los perros lloran en ciertas noches por razones que los amos explican de mil modos; los oyen un momento olvidándose todo un instante después: ahí hay indiferencia. Pero otras veces inspiran sentimientos de temor y de tristeza, debidas probablemente al estado de ánimo con que se escuchan los aullidos. La misma Teofania, tan perspicaz, y sábia, que se explicaba con admirable facilidad los actos más complejos y más misteriosos para los indios, se sintió tambien esa noche embargada por pena intensiísima. Cuando los perros callaron, Tefoania dijo en voz baja:

—El corazón no miente.

Entre tanto, los cuatro, sentados juntos, silenciosos, no manifestaron la más leve opinión del llanto de los perros, ahogando, matando allí dentro,

allí mismo en dónde nacían, sus sentimientos.

Al día siguiente, realizándose la previsión de Teofania, llegó Menohué, jefe de un fortin avanzado, á dar una funesta noticia. Comunicó que sentado en la punta del palo-espía, había divisado un grupo de *cristianos* en actitud hostil.

—Serán como diez, dijo, bien montados, que llevan arreando una caballada. Los perros han llorado casi toda la noche.

Los he hecho seguir hasta muy lejos de mi toldería. Se han perdido en seguida hácia el lado de la cancha del potro. Efectivamente un destacamento de diez hombres desprendido del grueso de las fuerzas expedicionarias, se había avanzado por órden superior, á objeto de reconocer el terreno y en busca de *rastros* de indios para perseguirles. La noticia de la presencia de esas tropas no inquietó mucho á Teofania, que á pesar de sus deseos de regresar á tierra civilizada, sintió en algo herido su poderío; en cambio, los indios se preocuparon mu-

cho, comenzando á tomar todas las medidas primeras para resistir un ataque de sorpresa. Las mujeres fueron retiradas detrás del ancho desfiladero que separaba la mansión de los muertos; los hombres de pelea preparaban de día y de noche sus armas, quedando todos en poco tiempo listos para entrar en combate.

Pocalec, su madre y sus hermanos conferenciaban en lugares apartados, probablemente resolviendo la actitud que les correspondía adoptar. Respecto de la manera de pensar de Pocalec y Ramstag no es necesario decir una palabra: combate, lucha, muerte....!! antes que verse humillados. Teofania, por temperamento, procuraba alejar toda perspectiva de combate, proponiendo medios conciliadores y pacíficos. Enviar un emisario á averiguar los deseos de esos extranjeros, era en resumen lo que según Teofania debía hacerse como primera medida; ofrecerles recursos, aceptarles de compañeros á esos pobres hombres sin martirizarles, que tal vez corrían suerte igual que ella y sus hijos, fué la misión de

humanidad que debía llevar Raul, designado como emisario. Con Ramstag á la cabeza, todos los indios rechazaron esta actitud, alegando que los cristianos no entraban por esos medios; además decían, que el comisionado no había de regresar, lo cual significaba que Raul sería apresado y fusilado. Había pues una plena diversidad de opiniones respecto de la actitud que debía asumirse en presencia del enemigo.

La aurora del nuevo día despuntó, y los principales cabezas de la tribu se hallaban dispuestos en sus respectivos lugares en la gran sala del consejo. Pocalec ocupaba el asiento alto del centro, Ramstag á su derecha, quedando vacío el lado izquierdo. Raul y Benjamin ocuparon la grada más inferior, permaneciendo desocupado un asiento entre ellos; los indios llenaban las demás por orden de categoría, en orden proporcional al lugar que antes ocupaban cuando el consejo se disponía en triángulo. Aquel indio que se sentaba en el vértice principal, ocupaba ahora él solo la tercera grada.

No bien ocuparon sus asientos los principales, se irguió entre ellos el religioso indio, especie de obispo ó de arzobispo y comenzó un sermón manifestando con violencia los desgraciados efectos de la división que reinaba entre ellos, haciendo ver que significaba pérdida de tiempo: gritó con toda su alma en contra de Teofania, Pocalec y los otros que contemporizában, acusándoles anticipadamente en caso de derrota de ser los autores directos de las desgracias futuras. Perded vuestro tiempo, agregó, en discusiones y sentimientos magnánimos y vereis que bien pronto tendremos que abandonar estas pampas. Discutid y dad tiempo al enemigo que conozca el terreno y aprecie nuestra debilidad! Estas palabras fueron escuchadas con gran silencio; el arzobispo, terminada su arenga, fué abrazado y todos manifestaban uniformidad de opinión.

Pocalec guardaba silencio, indicaba su actitud una irresolución completa, una inmensa vacilación; Teofania pidió permiso para hablar, la palabra le fué concedida, manifestándose con valor

heróico del lado disconforme con las ideas vertidas por el sacerdote, abogó por la civilización, por la conveniencia de hacer amistad con los cristianos; su gran argumento era evitar la muerte de uno y otro lado. Esos cristianos á quienes tanto temeis, nos traen la bendición de Dios, nos enseñarán á vivir bien sin temores de especie alguna. No temais, les dijo, esos hombres son nuestros hermanos y juntos seremos felices para siempre.

La reunión quedó disuelta, autorizándose á Pocalec para proceder como mejor convieniese á los intereses de la tribu. El joven cacique, siguió naturalmente los consejos de la madre, Raul se puso en marcha, encontrando á la tropa enemiga á poca distancia, en medio del bosque: descansaba para pastar los caballos. Los indios que acompañaban á Raul retrocedíeron de temor; pero éste se presentó y expresándose en correcto español, dijo: Vengo en nombre de mi hermano el cacique de la tribu que habita en estos parajes, á ofreceros elementos de vida y nuestra amistad. Si nada quereis de nosotros, re-

gresaré, prometiendo que no sereis incomodados.

El cortés saludo de Raul fué recibido con gran asombro. Por toda contestación el teniente ordenó el apresamiento del emisario, regresando en el acto con el inesperado prisionero á dar cuenta al jefe. La protesta de Raul era inútil: el *bravo* oficial tenía un prisionero que importaba una nota de valor. El prisionero en presencia del jefe repitió su mensage de paz; éste, después de felicitar al oficial por su bravura, telegrafió al inmediato superior, dando cuenta del triunfo y rerecomendando la valentia y la sagacidad del teniente que había logrado nada menos que apresar al *indio* más terrible del desierto.

Las persecuciones continuaron con ahinco; entre tanto la infeliz Teofania y el pobre Pocalec, que veían en un instante con este desastre su autoridad por el suelo, esperaban con ansia la vuelta del emisario. Pero era inútil: Raul no debía regresar.

El jefe de la tropa expedicionaria alentado por este resultado, que le

permitía el lujo de usar el telégrafo para comunicar triunfos y victorias, resolvió enviar tres partidas más, á cuyo regreso y según el resultado, debía llevarse á cabo el plan de campaña definitivo. Estos destacamentos tuvíeron sus encuentros que fueron siempre favorables á las armas que pueden lanzarse con certeza desde muy lejos; el remington obtiene la victoria ó se retira con éxito; no así la flecha. La bola perdida; la *guntarda*, exigen una resolución de vida ó muerte. Los combates fueron varios, haciendo alarde en todos, los oficiales, de lujo de crueldad. No perdonaban ni á las mujeres. El resultado de estos combates parciales caía como bomba en el campamento de Pocalec que siempre había creído en la magnanimidad de sus hermanos. Los detalles exaltaban á los indios; saber que fulano ó sutano había sido condenado á permanecer cinco días sin beber agua ú otra pena semejante, era algo que les exasperaba tanto ó más que á los cruzados que iban en pós del sepulcro santo de Cristo.

Estas noticias hicieron cambiar un tanto la opinión: «No debía esperar de sus hermanos sinó perfidia». De todos modos no se ejercitaba la venganza; los pocos prisioneros que llegaban al campamento indiano eran bien recibidos: se hubiera dicho que parecían viejos enemigos reconciliados en un instante por conveniencia recíproca.

Cuando nadie lo sospechaba, el grueso de la expedición avanzó en dirección del Sopari; los indios conocían su inferioridad en hombres y armas, pero no se podía diferir el combate. Huir, hubiera equivalido á abandonar mujeres, niños y riquezas y sobre todo á enorgullecer el enemigo. Teofania envió un nuevo emisario, pidiendo un parlamento, que tuvo el mismo fin del primero. El jefe de la expedición, faltando á lo más elemental de la trégua, sorprendió al enemigo, haciendo más de 500 muertos y heridos, y tomando prisioneros más de 300, entre estos á Teofania, Ramstag, Pocalec y Benjamin. Todo estaba perdido y los pocos indios dispersos supervivientes

se mordían las manos clamando contra Teofania, á la que habían tomado como autora de todas las desgracias; creían que esta mujer había estado de acuerdo con los soldados para reducir á la miseria la opulencia de tribu tan poderosa.

Ramstag llevado en presencia del general, no articulaba el más leve sonido. Los compañeros llamados en seguida se expresaron con lágrimas é indiferencia en contra de la perfidia del jefe. Jamás hubiera pensado, decía Pocalec, que los hombres tan buenos con mi madre me encontra fueran tan serviles como para faltar á lo que más quiere un hombre, el honor. Teofania lloraba, sus suspiros y sus sollozos eran interminables.—El general ordenó que se retiraran todos, menos Ramstag, quien interrogado varias veces, se negó de nuevo á responder. Un oficialito allí presente dijo:

—Yo había de enseñar á hablar á este tonto.

—No sabrá hablar, agregó un capitan.

—Venga un intérprete.

La mudez de Ramstag, continuaba á pesar de las amenazas.

—Sargento Aromi!!

—Ordene, mi general.

—Tu sable... ¿está bueno?...

—Como siempre...

—Despáchame este perro...

—Cobarde, exclamó Ramstag. Eres jefe y no tienes valor de batirme.—Asesino!!... encargas mi muerte... Dios te...

En este momento el sargento dejó caer su arma, á una señal hecha por el general. Ramstag rodó: su cuerpo á penas daba señales de vida. El general, que por fortuna no ha dejado descendencia, hundió el taco de la bota sobre la frente del cacique.

Los demás oficiales cometieron por su parte actos inauditos de crueldad.

Teofania tan respetada de los indios fué la presa de la insaciable tropa. Pocalec y Benjamin fueron engrillados y sus manos fueron anudadas sobre la espalda.

Así se extinguió para siempre la tribú de Ramstag la más valerosa, la más humanitaria de todas las del desierto.

Esa fué tambien genio que ha correspondido á esa expedición tan aplaudida!! El gobierno de la Nación ha donado tierras en premio de las hazañas á esos oficiales que cumplieron con su deber faltando á los rudimientos de la nobleza militar y extinguiendo de una vez esa raza noble, grande, inteligente, capaz de reducirse por la persuasión y los encantos de la civilización, pero jamás humillándose, doblando la cerviz ante un enemigo altanero.

Los prisioneros trasportados á Buenos Aires fueron repartidos como encomiendas en tiempo de los españoles. Pocalec avergonzado, indignado y asombrado á la vez de las maravillas que se ofrecían á sus ojos, no salía de su mutismo; era inútil exigir de él una sola palabra, la más sencilla, una simple respuesta. Los días se deslizaban con asombrosa rapidez; poco á poco se convenció que su actitud era perjudicial; además pronto se aseguró que la promesa del general de remitirlo á sus dominios, no debía cumplirse. Se resignó á todo y abrazó la nueva vida con febril entusiasmo.



XX.

Los años volaron. *La Nacion* registró en su número de fecha 15 de Noviembre de 18.... una noticia encuadrada en márgenes de luto, anunciando el fallecimiento del coronel Gonzalez, que copiamos testualmente:

«*Sensible fallecimiento.*—La ciencia ha sido impotente y la larga y dolosa afección que ha tenido postrado en el lecho al valiente y bizarro militar, coronel Gonzalez, ha triunfado.

Hombre de elevados sentimientos, militar distinguido que ha conquistado con justo título la fama de recto é ilustrado, su muerte será sensible pa-

ra sus amigos numerosos. El ejército pierde uno de sus miembros más dignos; á su caballerosidad reconocida se debe agregar su valor y su patriotismo, que le valieron las presillas de coronel en la guerra del Paraguay.

Como se sabe el malogrado Gonzalez no tenía su familia en esta Capital, siendo de notar que jamás sus íntimos abandonaron un instante el lecho de su muerte; su hijo por decir así el joven que fué apresado en la última espedición al Sud, ha cerrado sus ojos con amor filial. Para este ha dejado la casa en que vivia, con una carta, además del testamento, en que le instituye universal heredero. La carta dirigida al señor Anzorena, es expresiva en favor de su hijo adoptivo: pide que le proteja con la seguridad que jamás le habrá de pesar.

El estado mayor del ejército ha ordenado que el batallon 2°. de infanteria haga los honores que corresponden al alto rango del extinto.

Presentamos á la familia nuestro sentido pésame y la acompañamos de

corazón á sobrellevar la irreparable pérdida».

El Dr. de Anzorena que recibió la carta póstuma de su viejo y noble amigo, no olvidó el encargo: ayudó en todo y con todo á satisfacer los deseos de su recomendado. Ese jóven, que bien se sabe era Pocalec, se llamó al traspasar sus dominios, Arturo Guerra. Bien pronto y debido á su contracción é inteligencia agregó á su nombre el título de doctor. Tenía á la sazon 29 años. Sus estudios habian sido realizados casi en la mitad del tiempo ordinariamente empleado para optar al grado de doctor en jurisprudencia. Bien podría decirse que este prodigio de voluntad era así algo parecido á imposible; pero á ello se contesta diciendo que cuatro más se recibieron en estas condiciones.

Pocalec fijó sus placas de abogado en una casa inmensa llena de escritorios de la calle San Martin, bajo la protección del Dr. Anzorena, su segundo padre adoptivo, que habia llegado á conocer las altas dotes intelectuales de su inesperado hijo. El

estudio del jóven bien pronto adquirió fama: la honradez, la buena fé y la laboriosidad, le procuraron clientes en buen número que le permitian obtener por mes, una suma regular; y podía vivir con decencia y hasta con holgura.

Por lo demás el Dr. Anzorena tenía mucho gusto de llevar al jóven doctor á su casa, para que departiera con su familia. Una hija ya de 15 años que permanecia aún en un colegio de beatas, especie de convento ó claustro de monjas, había salido un dia de fiesta para ir á casa de sus padres; la niña comió allí, habiéndose sentado al lado de Arturo, por una rara coincidencia, por una casualidad talvez preparada por el destino. Era el dia 16 de Julio, santa y solemne fiesta de Nuestra Señora del Cármen, el mismo nombre de la hija del Dr. de Anzorena; la procesión debía correr por esas calles, como ocho cuadras, hasta llegar á la iglesia ó capilla que se había dedicado á esta virgen. A las cuatro de la tarde sintióse el eco de mil instrumentos y estruendosos

repiques de campanas: las calles estaban cubiertas de flores y de los balcones, algunos adornados con régia magnificencia, pendían banderas y cortinas de todos colores y flores en ramos y en coronas de los más variados matices. La virgen hermosa y reluciente de alhajas, sostenida por cuatro fervientes devotos, abría la marcha, siguiendo á ella por orden de significación los emblemas de la religión católica usados en esta clase de fiestas. Seguia convenientemente custodiado por sus adlatares, el Exmo. Arzobispo ceñido por su manto de aspecto oriental, de color de púrpura, tachonado de piedras preciosas. Dos hileras de sacerdotes sosteniendo cada uno una vela, y luego la inmensa muchedumbre, apiñada, apretada, constituian el resto y lo mas grueso de la columna humana, que como oleada inmensa y perezosa parecía casi no avanzar ni un palmo.

La hija del Dr. de Anzorena, sumida siempre en los claustros silenciosos, suspiró profundamente al contemplar el cuadro que á sus ojos

ávidos se presentaba: por un lado el sentimiento religioso y por otro la atmósfera de olor de gente que la envolvia, le arrancaban sentimientos desemejantes. La joven niña fué presa de movimientos del alma que la intranquilizaban. Llegada la hora de la comida, Arturo que había permanecido en el balcon al lado de ella, se dirigieron á la mesa ocupando los asientos del modo que se conoce yá.

Colocado Arturo al lado de Cármen, le fué dable observar bien de cerca las ocultas gracias de su vecina, las cuales encendieron en su pecho una ardorosa y repentina llama; pero el recuerdo de su orígen, la alta alcurnia de ella, y el hábito místico de la doncella, enfrenaron su amor naciente, obligándole á encubrirlo con todo cuidado. Desde ese momento se abrió una profunda herida en el corazón de Arturo que jamás debía cicatrizarse....! Cármen por su parte sintió también algo allí adentro, en la intimidad del alma, que la hizo mirar á Arturo; este se apercibió y desde aquel instante esos dos pechos,

dignos el uno del otro, mantuvieron sin decaer la fulgurosa llama del amor casto y puro, amor de ángeles, celeste, divino, noble, tal como lo había pensado Dios al colocar en el hombre y en la mujer esa forma de la pasión, loca y temible, sensata y prudente, según como se mira y se acepta lo que debe entenderse por esta palabra, tan engañadora á la vez que sincera. Cármen, en su inocencia y movida por un impulso explicable por su clase de educación exclamó, dirigiéndose á Arturo:

—La abadesa me ha dicho que bese este relicario cuando esté sentada al lado de un hombre. Me ha dicho que yo sólo podré ser esposa de Dios.

—Señorita... no entiendo... Arturo palideció; se creía perdido; mil ideas corrieron veloces por su mente y durante un instante estuvo perturbado.

Recobró su calma, y después de asegurarse que su actitud y su decisión no podían ser perjudiciales, añadió:

—Las palabras que acaba de pronunciar, me han sorprendido sobrema-

nera, porque entre los dos no tenemos antecedente alguno y porque pienso que el consejo de la abadesa ó señora madre del colegio no siempre es práctico, realizable y porque es una apreciación erronea respecto del rol de la mujer en el mundo. Dios infinitamente grande y misericordioso, dueño de lo creado y por crear, se basta por sí solo: no necesita de servidores como el profeta de los musulmanes. Para Mahoma todos los católicos eran esclavos, ciñéndolos con un cinto de cuero para ostentarlos á los ojos de sus súbditos en la humillante condición.

El rol de la mujer es otro. ¿De que servireis á tus padres cuando viejos y achacosos necesiten una mano cariñosa que les ayude? Empezar á hacer el bien por casa, es la verdadera doctrina; es necesario tener presente que se debe pagar en la misma moneda, los cuidados y los sacrificios recibidos por los padres. Llevar el consuelo á los extraños, es muy digno; pero es mas noble y mas santo pagar con cariño el cariño mismo. ¿Puede V. creer acaso que en la soledad y

en el silencio del claustro, orando, estudiando, se puede hacer tanto bien como cuando se entremezcla en los bullicios del mundo? El convento es bastante grande, sus puertas gruesas y bien cerradas, allí no llegan los lamentos del pobre; se los oye, se los siente y se los mitiga en la calle.

Por otro lado—y esta razón es tan poderosa como la anterior—ha venido al mundo para ser madre: he ahí el único camino plausible que señala la sociedad y la religión misma que profesamos. Recorra V. la historia y encontrará en cada página bellísimos ejemplos. Su situación y sus condiciones, la exigen abarcar este camino y dominarlo; sus padres se doblarian á la pena de saber que la hija hermosa, cuya educación tantos sacrificios les cuesta, y sufren con resignación cristiana el pesar de tenerla alejada por largos días y meses, por hacer de ella una mujer púdica y moral.... digo, se morirían al pensar que les abandonaría tan pronto, justo en el momento en que ya viejos necesitan una voz suave y armoniosa que les anime.

Entrar de lleno á su colegio que reputo el mejor, equívale á poco menos que morir: V. renuncia á todo, inclusive á no ver á sus padres, sinó allá de tiempo en tiempo y por breves momentos.

Entre tanto la hora de regresar al colegio había llegado; el doctor tomó á su hija del brazo y la entregó á la abadesa. En todo el camino le sonaron las palabras de Arturo, que se hacían más sensibles, más sonoras, mas elocuentes al calor de la llama que se habia inflamado en su pecho.

El Dr. Anzorena, hombre experimentado, había comprendido que los jóvenes habían simpatizado. Pensó en la felicidad de su hija, haciendo este matrimonio; pero lo único que le hacía vacilar era el orígen oscuro de Arturo, «por él que dirá la sociedad» y por su mujer, señora de gran apellido, que no había de consentir esa unión sinó á fuerza de mucho trabajo. El Dr. bien sabía que el apellido no había de influir en el porvenir y que todo se olvidaria al cabo de poco tiempo de realizada la boda; además

tenia bien presente que la comportación de Arturo contribuiria en mucho á disminuir la única dificultad que á su juicio se presentaba.

La madre de Cármen había manifestado repetidas veces que su niña permanecería en el colegio hasta los 18 años, corriendo por cuenta de ella eso de casarla, y de casarla bien antes de los 20. Muy bueno el capricho de la estimable señora, pero imposible de realizar la segunda parte: los novios no se hacen. Buscar novio por cuenta ajena, es buscar infelicidad para la pareja.

Un buen dia, el estimable señor, sin aducir una sola razón, manifestó á su señora, que oyó con disgusto, la resolución de sacar á su hija del colegio. Su resolución era una, y de seguida se dirigió á cumplirla, acompañado de Arturo, su futuro yerno, segun los cuentos que se hacía por ahí adentro. La señora se manifestó vivamente disgustada, y esta vez tanto más, pues estaba acostumbrada á dominar á su esposo: éste no le hizo el gusto.

El monasterio bulle á la llegada de los caballeros: se abren las puertas, entran al primer pátio por una estancia especial de la abadesa ó superiora y por vez primera y única la mirada observadora de un soltero se pasea por el ámplio recinto: el silencio de las bovedas se interrumpe por los pasos chillones y extraños de los visitantes. Manifestado el objeto de la visita, las hermanas religiosas acompañan á la novicia á la sala de espera y presencian con gozo las dulces efusiones del cariño filial. Cármen arregló todas sus cosas, regresando bien pronto. En el momento de despedirse la abadesa de pié y los circunstantes tambien, dijo poniendo su mano sobre el hombro de la niña:

—Señor, bien pronto tendrá usted ocasión de apreciar el valor de la niña cuya educación nos confió, y el tesoro de piedad y de inocencia que se encierra en el corazón de la virgen que llevais. La niña se encendió y luego dirigiéndose á ella agregó:

—Parece que la suerte ha querido que no seas sierva de Dios. Entras

desde hoy al mundo y puedes hacer tanto bien como en esta casa sagrada; procura que nuestro Señor jamás te abandone y jamás abras tu pecho al orgullo. No escuches las palabras lisonjeras de los vanos; no olvides que los títulos y los honores pueden ser falsos y te harán caer en desgracia. Respeta á tus padres. Si la suerte quiere que seas madre, convencete primero que amás de veras al que ha de ser tu esposo y compañero inseparable de alegrías y pesares. Llegó el momento de la partida. Dirigióse el grupo á la puerta y al ir á pisar Cármen el umbral por última vez, se detuvo como vacilante; dió dos pasos más y se estremeció cuando detrás de ella rechinaron los hierros que cerraban la puerta. Volvió la cabeza hácia la sagrada mansión, llenándose de lágrimas sus ojos: tal vez pensó en su temeridad al entrar de lleno en el mundo y pensar en su porvenir.



XXI.

Las relaciones de los jóvenes nóvios, á quienes así se les podía llamar porque ambos se querían con ese amor puro é inocente de la primera vez, se estrechaban más y más; así lo comprendió el viejo doctor, hombre avisado pero débil de carácter, que resolvió comunicarlo á su esposa, la que no debía ser extraña del todo á estas relaciones, para resolver ellos como padres de la muchacha, del giro que debían imprimir á esta dificil cuestión, sin pensar en resolverla aún porque no era momento oportuno. La señora del doctor, mujer astuta, hija de gran-

de y aristocrática familia, educada en la opulencia y en las oscuras habitaciones tapizadas de tripes y rellenas de cortinas, otras cuajadas de cuadros, había logrado dominar á su esposo: era su carácter violento, decidido y no perdonaba medio para satisfacer sus más vulgares caprichos. Quería á su apellido como á si misma: en ese nombre, hecho vulgar á fuerza de sér tan conocido, fundaba todo su orgullo. Era esa mujer, en una palabra el reverso de la medalla del Dr. Anzorena.

El doctor le dijo un día en que creía encontrarla de buen humor:

—Supongo que te habrás dado cuenta de las relaciones que median entre nuestra hija y el Dr. Guerra, mi protegido, joven lleno de méritos que quiero y aprecio como si fuera mi propio hijo. El tiempo que hace que le conocemos—cerca de dos años ya—nos ha permitido apreciarlo. Inteligente y laborioso no tiene otro inconveniente para aceptarlo más que su apellido robado y la oscuridad de su origen; para mí eso es nada: yo no averiguo si es hijo ó sobrino de fulano si es

rico ó nó, me basta saber que mi hija le quiere y que él es capaz de hacerla feliz. Sería para mi un eterno remordimiento oponerme á esta unión que á mi juicio es legítima y racional: puedo asegurar á ella una felicidad eterna.

Estoy convencido que el traje no hace el monje. Yo me fijo menos en el apellido, en la cara, en la probabilidad de una herencia, que en las condiciones morales é intelectuales de un sujeto que siempre en cualquier tiempo y en cualquier lugar representan un capital. Tú lo sabes: los grandes high-lifes son generalmente inservibles; la molicia, los vicios—juego, bebida—y la inaptitud por consecuencia para dedicarse á un trabajo útil, es la trinidad inseparable de esos jóvenes de apellido tan digno por sus antecesores. Hablo en general, es verdad; pero conviene hacer sus excepciones honrosas. Más todo no se puede reunir: contentémonos con las condiciones del Dr. Guerra. Ahora quiero oirte.

La señora había escuchado con aparente atención; sin embargo, al final no pudo ocultar su enfado: un movi-

miento torpe, brusco, y muy significativo á la vez de la cabeza, le expresó de un golpe su completa disconformidad.

—No solamente no pienso como tú, sinó que pienso lo contrario, dijo. El doctor Guerra será muy bueno; pero no ha de ser él el esposo de mi hija. Lo prometo... y digo que procuraré ahogar esas relaciones. Un desconocido no puede venir á degenerar nuestro apellido... no... ¡no!!!

Guerra conoció estos detalles por su novia; en adelante se guardó bien de frecuentar tanto la casa: iba allí una vez que otra y nada más. Pero las esperanzas no se habían perdido; una buena tía intervino para facilitar oportunidades para las entrevistas.

La señora lo había repetido esto en todas partes, asegurando que ella se encargaría de casar su hija con un joven digno de su familia. Es el caso de decir: el hombre propone y Dios dispone.

Cármen no olvidaba á su amigo como cariñosamente le llamaba: siempre lo tenía presente; la ausencia, los lar-

gos días que no se veían, y las semanas enteras que no cruzaban una palabra, le producían una pena insoportable. Durante más de cuatro meses no hablaron sinó con los ojos, lenguaje por cierto expresivo y que la buena señora lo había olvidado, si es que lo supo.





XXII.

Por ese tiempo llegó á estas playas en el *Gironde*, un joven francés de nombre Octave Decondé, muy bien recomendado con cartas de complacencia sin sinceridad alguna. Por cierto su familia tenía algo de real y él era un conde bien rico que por caprichos y disgustos del hogar, había abandonado su patria, pretexto de todo charlatán de ese orígen, como los españoles que llegan también aquí con olores reales por asuntos políticos; como todo parisien, su apostura era gallarda, elegante, bien plantada, saludaba, comía, vestía, caminaba á la francesa, y para

no faltarle nada, llevaba un monóculo del lado izquierdo.

Todo fué llegar y presentar las cartas, para que todas las puertas se abrieran á recibir al europeo caprichoso. Esta vez, como siempre, no se exigió otros antecedentes que las cartas: la apariencia revelaba la clase de persona. Concurría al Club del Progreso, revelándose desde el primer momento manejador sin igual de las barajas en el bacarat; él conocía á todos los artistas y celebridades europeas: Sara, la Patti, eran sus amigas íntimas, sin dejar por eso de frecuentar las relaciones de las medianías del arte. Bien pronto los amigos le sobraron; no le faltaban invitaciones á Palermo, á comer, á bailar aquí, allá, en fin, era un objeto de novedad y todo el mundo quería tenerlo á su lado por un momento siquiera. Las muchachas le atendían como á ninguno, olvidando que es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer. Para ellas no tenía otro mérito ni necesitaban buscar otro tampoco, que el venir de Europa. Cármen lo conoció en un gran baile

de familia que hizo época; el francés la llenó de mimos y genuflexiones que para ella nada valían: la figura de Guerra estaba siempre delante de sus ojos. Entre tanto, esas cortesías francesas no fueron inútiles: la señora las recogió. Desde aquel instante el porvenir de la niña debía cambiar: la señora se dijo para sus adentros: «éste es el que ha de ser el esposo de mi hija. Joven, hermoso, rico, de gran familia, conde, ¡ay, conde! ¿qué más se puede pedir?» De nada había valido á la señora la experiencia de saber que muchos condes arribados á estas playas, habían sentado para siempre sus reales en una celda de la penitenciaria. El título de conde la ofuscó. No necesitaba más datos para entregar sin vacilar la mano de su hija.



XXIII.

Llegó el 14 de Abril, día designado para celebrar las bodas de Monsieur Octave Decondé; la señora de Anzorena que había hecho este matrimonio á sangre y fuego era la más interesada en el éxito de la fiesta. Desde muchos días antes no se ocupó de otra cosa que de arreglar los más mínimos detalles de la casa, con tanto más esmero puesto que sabía que sus numerosos amigos tan delicados como ella no la iban á perdonar el menor descuido, esto es, la iban á medir con la misma vara con que ella medía. La señora se entusiasmaba más á cada

minuto que pasaba, á tal extremo que se hubiera dicho con razón que ella debía desposarse esa noche con el mejor de los hombres posibles. No tuvo ni un instante desocupado para pensar que iba á cometer el mayor de los crímenes. Se creía que en estos tiempos podía imitarse impunemente á los grandes de otras épocas que no tenían escrúpulos en hacer los casamientos más imposibles con tal de mantener el apellido y el título, ó de traspasar una fortuna más ó menos grande.

Esa noche, los vecinos de la calle Rivadavia á la altura de la plaza Lorea, notan un movimiento inusitado. Los coches van y vienen y concluyen finalmente por quedarse estacionados en las cercanías de una hermosa casa nueva de balcones á la plaza, cuyo zaguán de blanco marmol y espléndida escalera, rebosa luz, alegria, fiesta. Un portero de frac recibe á los invitados acompañándolos hasta el pié de la escalera; un sirviente los recibe allí y juntos llegan al vestíbulo y de allí se dirigen al toilette; un otro recoje el sombrero, el paletó y el bastón, en-

tregando en cambio un tarjeta con el número respectivo. El dueño de casa hace, por lo demás, los honores de órden.

La casa era un palacio. La hermosa sala de sobre la calle, ofrece un aspecto imponente, su atmósfera tibia, saturada de embriagadores aromas, invitaba á permanecer en ella con fruición inefable.

Los novios que habían recibido la bendición nupcial en la capilla del Exmo. Arzobispo, regresaron á las nueve apróximadamente. La concurrencia como de práctica les festejó y llenó de agasajos.

¿Estuvisteis lector en ese brillante fiesta de la aristocracia? Si habeis estado no os hará daño que repita para memoria algo, que servirá para los que no concurrieron. ¿Visteis en medio de esa muchedumbre de ángeles una belleza más cortejada, más graciosa, más humilde y orgullosa á la vez, más alegre y más triste.... y más desdeñosa que las demás? Aquella mujer cubierta de niveos velos virginales é inocentes; de cabeza rodeada por

una flamante corona de azahares, de porte marcial, que se balanceaba airosamente como lirio acariciado por la brisa, á quien la concurrencia admiraba y el triunfo embellecía y que sin embargo parecía más pensativa que las demás? ¿Visteis en fin á Cármen de Anzorena, la joven desposada, que al mirar un joven más pensativo y más triste que ella, enjugaba cuidadosamente gruesas lágrimas? ¿Visteis en fin á ese joven de negros bigotes, aspecto simpático, que apoyado en una columna de mármol parecía una estátua? ¿Visteis en fin al mismo joven que con su mirada paseaba por todo el salón, siguiendo el esbelto talle de la novia? ¿Y os acordais de Octave Decondé, desprendido y suelto, ufano de su esposa y más satisfecho aún del excelente negocio que realizaba? ¿Le visteis..... vedle.... es un francés.... un parisien de 26 años. Se pasea con su esposa y repite en voz baja las frases de admiración y simpatía que de los concurrentes escucha á favor de su compañera: hermosa novia!.... ¡que mujer!.... ¡es un fuego!

El Doctor Guerra, que había asistido con admirable serenidad á su muerte amorosa, se retiró temprano saludando con efusión y cariño á Cármen. Se hubiera dicho que ese era el último saludo, la última vez que esos corazónes iban á ponerse frente á frente. La novia se retiró al toilete; Arturo con el sombrero en la mano lanzó una mirada que fué un beso con los ojos.



XXIV.

La buena señora del Dr. Anzorena, que había creído en la posibilidad de improvisar felicidades, bien pronto se convenció de lo contrario. El desastre de Decondé no repercutió sobre ella sinó en lo que la correspondía como autora del matrimonio; entre tanto la niña, ajada por las manos de un hombre depravado que bien ocultó sus vicios en el primer tiempo, se sumió para siempre en su casa: el resto de la vida la sobrellevó con resignación cristiana, acompañada de su hijo que no pudo conocer á su padre, talvez para suerte de

él. Cármen cargó con los errores y las culpas de otros.

Vease la noticia que registraban los diarios, dando cuenta de la fuga de Decondé.

Desaparición.—Nuestros lectores recordarán todavía de la más brillante fiesta del año pasado, con motivo de la boda de una estimable y distinguida señorita de nuestra alta sociedad, con un joven francés recientemente llegado al país.

La fiesta fué régia: la felicidad parecía destinada á sonreir á la pareja que tan aristocráticamente se estrenaba en la nueva vida.

O. D. iniciales del joven desposado empezó á trabajar ayudado con un fuerte capital de su padre político. Las operaciones de la bolsa y negocio de tierras habían hecho casi doblar su fortuna. El juego que amaba con pasión le había sido en diversas ocasiones favorable.

El último domingo, despues de haber permanecido casi todo el día en una casa particular en donde se jugó con entusiasmo, había ganado segun

cálculos exactos, más de 100000 pesos, desde cuyo día no ha regresado á su casa. Se sabe que O. D. ha trabajado con fruto, habiendo retirado hace poco tiempo todos los depósitos de los diversos bancos.

¿Se trata de un suicidio? La policia se ocupa en averiguar su paradero, creyéndose desde ya á juzgar por los primeros datos, que no se trata de un suicidio. Según toda probabilidad, según un telegrama de Montevideo, viaja á bordo del *Bearn*, que partió el lúnes con destino á Europa.



XXV.

El doctor Arturo Guerra, se retiró temprano, como se sabe, de la fiesta de la boda Decondé-Anzorena. Esa misma noche redactó la siguiente carta que una semana despues fué entregada, conforme lo disponía la dirección:

«Mi querido Tiburcio:

«Los muchos años de residencia que llevo en la Capital de mi desgraciado país, han llevado á mi alma un convencimiento profundo y doloroso. Veo que se juzga á hombres y cosas por la apariencia. Yo he recibido un rudo golpe que ha destrozado

mi corazón y abatido mi espíritu. Tu sabes á que me refiero. Jamás perdonaré á esa mujer que ha casado á su hija á la fuerza con un hombre que no quería, que le odiaba más bien. Esa infamia ha llevado la infelicidad á una joven digna de mejor suerte, y á mí..... á mí..... me ha muerto! Es un doble crímen imperdonable.

«Por otra parte, querido Tiburcio, mis sacrificios no son compensados: tengo el delito ó mancha de mi nacimiento que lo frustra todo. Me retiro mañana mismo al desierto, en donde he' nacido, en busca de reposo para el resto de mis días. Allí, Tiburcio, somos salvajes es verdad; pero te aseguro somos más sinceros y más nobles.

No olvides á tu amigo. Adiós

ARTURO GUERRA».

Bnenos Aires...»

Desde el instante que Guerra pisó sus antiguos dominios, llamóse otra vez Pocalec, y esta vez como antes no ha omitido esfuerzos en bien de todos.

La única prenda que llevó como recuerdo de su estadía en Buenos Aires fué una caja de fósforos vacía que ostentaba en una de sus caras un retrato borroneado de cierta semejanza con Cármen. Adentro de ella tenía un papelito, sucio y requebrajeado á fuerza de desdoblarlo y doblarlo en el que se leía esta sábia máxima: «No es hombre el que nace sinó el que se hace». En las horas de ocio y pena al recordar de Cármen, besaba su retrato compañero, leía su máxima y repetía con énfasis la palabra *¡salvaje!* palabra que tantas veces había sonado á sus oídos, que tantos perjuicios le había ocasionado y en fin esa misma palabra le había obligado á regresar á la tierra de su nacimiento, pedazo huérfano de la nuestra, inmensa, rica y civilizada.

FIN